



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 13 Noviembre 1913.-Número 46.

REDACCION
Rivadavia, 22
NUMERO 46

Las elecciones municipales en Madrid

Candidatura de la Conjunción republicano-socialista

DISTRITO DE LA UNIVERSIDAD

Pablo Iglesias Posse.
Miguel Morayta Serrano.
Luis Blanco Soria,

DISTRITO DE CHAMBERI

Julián Besteiro Fernández.
El-uterio Saornil.
Emilio Estévez.

DISTRITO DEL HOSPICIO

Daniel Angulano Mangado.
Eulogio Anón Serrano.
Enrique Sanjurjo de Haya.

DISTRITO DEL HOSPITAL

Rosendo Castells Ballespi.

DISTRITO DE LA INCLUSA

Joaquín Muñoz Suela.

DISTRITO DEL CONGRESO

Victoriano Orosas Coto.
José Asprón Sánchez.
Julián Nongués Subira.

DISTRITO DE LA LATINA

Bernardino Castillo.

DISTRITO DEL CENTRO

José Cao Durán.
Emilio Niembro Gutiérrez.
Pablo de Bergia Olmedo.

DISTRITO DE BUENAVISTA

Manuel Cárcelas Sabater.

DISTRITO DE PALACIO

José Medina Heredia.

Partido republicano radical

Candidatura para concejales

CENTRO

D. Alvaro González é Iribas, propietario.
D. José Ochoa Carpio, industrial y propietario.
D. Manuel Pérez Aguirre, industrial y propietario.

PALACIO

D. Celedonio Hernández, industrial.

UNIVERSIDAD

D. Teodosio Valentín, industrial y propietario.
D. Antonio Jaén, catedrático.
D. Mateo Cenamor Cabello, industrial.

CONGRESO

D. José Díaz Francos, industrial y propietario.
D. Pascual Martínez Laorden, industrial.

HOSPITAL

D. Félix de la Piedad, industrial.

INCLUSA

D. José García, industrial.

BUENAVISTA

D. Deogracias Pérez Cuadrado, comerciante y propietario.

CHAMBERI

D. Miguel Cabrera, abogado.
D. Angel Arias, industrial.

HOSPICIO

D. Vicente Pérez Vlu, industrial.
D. Pedro Jiménez Garrido, industrial.
D. Leandro Hita Moreno, industrial.

LATINA

D. Benigno Pallol Blanchi, escritor.

Candidatura reformista por Madrid

BUENAVISTA

D. Augusto Barcia, abogado y publicista.

CENTRO

D. Rodolfo Martín Amatey, industrial y propietario.

CONGRESO

D. Agustín Ramón Cortés Munera, doctor en Medicina.

HOSPITAL

D. Vicente Peironcelly Villafranca, industrial.

CHAMBERI

D. Andrés Bernardo Ruiz Orcasitas, abogado y propietario.

Así hemos ido á las elecciones frente á los monárquicos unidos, y esos han sido los candidatos presentados por la Intransigencia, el Personalismo y la Ambición (muchos dicen la Traición).

Y como era de esperar, como no podía por menos de ser, sólo han triunfado de esos

Seis conjuncionistas y de la Unión republicana.

Dos socialistas.

Dos reformistas.

Ningún radical ha salido.

Los cánticos de júbilo que en otras elecciones lanzamos, hanse trocado en ésta en cantos fúnebres. El píporro ha sustituido al clarín. El chillido agorero de la lechuza, al canto de triunfo del gallo.

Y menos mal que no lo hemos perdido todo, aunque hayamos perdido tantos puestos. Y el honor.

Estamos mejor que queremos, aunque no tan mal como merecemos.

Para la revolución no estamos preparados, sin duda por no llevar mas que 39 años predicándola, ofreciéndola y anunciándola, muchas veces á plazo fijo.

Los monárquicos nos ganan ya las elecciones hasta en puntos donde antes triunfábamos.

De los hombres-cumbres (frase en moda tan cursi como falsa), los unos aparentan dejar su jefatura; los otros se pasan á la monarquía; algunos se quedan, como el coloso de Rodas, con un pie en cada orilla. (Sé que la palabra coloso no debe emplearse al aludir á Azcárate, mas la estampo por gustarme el siml.)

Los caciques provincianos oponiéndose á la organización que he propuesto, única que podría salvarnos.

Y el Pueblo, (excluyendo la parte fanatizada, ó engañada, ó equivocada) completamente desorientado.

Mas no perdamos las esperanzas, ya que nos queda todavía el suficiente coraje para gritar furiosos contra las malas artes empleadas por el gobierno contra nuestros candidatos y el entusiasmo necesario para seguir gritando:

¡Viva la Conjunción!

¡Viva el Partido Radical!

¡Viva el Reformismo!

Lo único que no podemos ya gritar dignamente, decentemente, decorosamente, hasta que no recuperemos lo perdido, es ¡viva la República!

Produciría ese grito la indignación, la lástima ó el asco que hubiera producido el grito de ¡viva Jalón!, lanzado frente al piquete por ese gran desventurado que acaban de fusilar en el Campamento de Carabanchel.—José NAKENS

A la hora de cerrar este número, no tengo datos sobre el resultado de las elecciones en provincias. En el número próximo me ocuparé de ellas.

Más charla

En general, el carlismo, el apego á lo pasado, son fenómenos de los pequeños núcleos de población, de la población rural, de la población sustraída á la vida de relación, pero estos núcleos no sólo no ven aumentado el número de habitantes, sino que más bien van despojándose, y en el caso más favorable la población permanece estadiza. En cambio, y á expensas de las aldeas, crece enormemente la población de los grandes núcleos.

Por ejemplo, en medio siglo la población de las Vascongadas y de Navarra creció en 200.473 habitantes, del cual crecimiento corresponden á las cuatro capitales (Vitoria, San Sebastián, Bilbao y Pamplona) 106.139 almas. La población de las capitales creció en 142 por 100, la del resto de las provincias en 14 por 100 solo. Y si en este instante tuviésemos elementos para estudiar el crecimiento de Abanto, Baracaldo, Deusto, Eibar, Erandio, Galdames, Irún, San Salvador, Sestao, Sopuerta, Tolosa, Valmaseda, etc., resultaría seguramente decrecimiento de la población rural.

La industria y la explotación de las minas atraen por los mejores jornales la población rural, de donde resulta el crecimiento de los grandes núcleos de población, y que Bilbao v. gr., en menos de cincuenta años pase de 18.000 almas á 84.000 (estudio con el censo de 1900).

Pero no es esto sólo; no hay sólo la atracción de los grandes núcleos, hay también la dispersión de la industria para utilizar la fuerza hidráulica, hay la explotación de nuevos yacimientos minerales, hay el nacimiento de nuevos centros fabriles como consecuencia del establecimiento de vías férreas, vías férreas que en la última guerra civil tenían una extensión de 6.500 kilómetros y hoy pasa de 15.000.

Y aún donde nada de esto llega, como en pueblos retirados, á veces sin carretera, alcanza también el helito de la industria por el establecimiento de centrales eléctricas, á las que forzosamente hay que llevar obreros ciudadanos, así sólo sean dos, así sea uno.

Y hay más. La construcción de un ferrocarril, la de un pantano, la de una carretera agupa por días, por semanas, por meses, obreros de todas procedencias en parajes retirados, y los periódicos nos traen la noticia de que en Bugedo, en Torrecapdela, en Triste, en aldeas menores de 400 almas estalló una huelga...

¿Sera preciso decir lo que estos fenómenos, consecuencia fatal é indeclinable del desarrollo económico, suponen en la extensión y penetración de las meras ideas?

Hormigean en Castilla la Vieja las poblaciones exclusivamente agrarias con organización obrera; pues bien, cuando indagáis los orígenes de aquella organización—que suele dar esos casos heróicos

de actos civiles—os encontráis con que el iniciador fué un bracero que trabajó temporalmente en las minas de Vizcaya.

Y si véis las listas de suscriptores de los periódicos obreros encontraréis en pueblos minúsculos un nombre de abonado, y si luego examináis la *Estadística de la industria eléctrica*, por ejemplo, resultará acaso que alí hay una fábrica. El encargado de ella, el personal técnico hubo que llevarle de Madrid, de Barcelona, de Sevilla, de Zaragoza... Aquel obrero ó aquellos obreros reciben el periódico, le dan á leer á los peones, háblase en las posadas y tabernas, y el contagio es inevitable.

¿Qué más? Los moros del Rif ocupados como braceros en grandes masas en Melilla, estuvieron en huelga no hace mucho, y sin embargo en su idioma ni con perifrasis puede expresarse la idea de Socialismo...

No hay remedio: Disminución de la población rural, que es donde estuvo y puede estar la fuerza de las ideas tradicionales; contagio de esta población—maltratada y explotada por tradicionalistas y no tradicionalistas—por la importación de los nuevos ideales; aparición de centros industriales ó mineros en los núcleos rurales, con la consiguiente concentración en masas considerables de obreros, con la importación de obreros forasteros; crecimiento formidable, inaudito de los grandes núcleos de población; crecimiento tanto mayor cuanto más industrial, y, por tanto más revolucionaria, es la población; y extensión de los ferrocarriles y de las demás vías de comunicación.

Pero aún hay más; hay las emigraciones temporales de obreros dentro y aun fuera de España.

Braceros catalanes, aragoneses y navarros van á trabajar temporalmente al Mediodía de Francia; braceros levantinos van á trabajar temporalmente á Argelia; braceros del Noroeste realizan lo que llaman emigración golondrina á América del Sur, y también van temporalmente á América del Norte, á los Estados Unidos, y este cambio de medio ambiente, el contacto con elementos menos resignados, menos sumisos, forzosamente ha de producir efectos en orden á la propagación de las nuevas ideas, efectos acaso tanto más ciertos y eficaces cuanto menos visibles son.

En España, de Burgos y de Soria y de algunas otras provincias marchan cada año obreros para trabajar la aceituna, que se da precisamente en las regiones del latifundio, es decir, en las comarcas de una población rural no bien avenida con el régimen social, de una masa rural famélica junto á unos hacendados viciosos, corrompidos, vana y demoleдорamente fastuosos. De Galicia y Levante salen cada año los segadores, que trabajan más principalmente en aquellas comarcas donde la propiedad agraria no está parcelada, donde las formas tradicionales desaparecieron en lo que tenían de bueno,

donde no se estima sino que se odia al propietario. De Aragón salen cada año los braceros rurales que trabajan en la agricultura forestal; realizan principalmente su labor en las grandes poblaciones. De Levante vienen á Madrid obreros que trabajan en los tejares y los que tejen y colocan esteras...

Aun el servicio militar—hasta después de la última guerra civil ni las Vascongadas ni Navarra dieron soldados—es agente en la demolición y la ruina de lo pasado, en la reducción fatal y no interrumpida de los elementos populares que sincera y resueltamente profesan las ideas tradicionales.

Verdaderamente que esto no se ve, no se toca, casi ni aún se adivina, pero precisamente por no estrepitosa es esta labor de los hombres oscuros movidos de las fuerzas económicas más sólidas é inquebrantable. Como decía el poeta.

¡Cuán callada que pasa entre montañas el aura suspirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

El pasado se defiende, es verdad, pero en rigor aun en el caso más favorable para él no hace más que cambiar de paraje el foco de infección, esto es, y más exactamente, propagar la infección.

En cualquiera de esos presidios industriales que llevan el nombre de Nuestra Señora de los Desamparados, por ejemplo, entra un agitador. Este propaga sus ideas, la beata empresa lo advierte cuando los obreros comienzan á soliviantarse, busca al iniciador de aquellas perturbaciones, de aquella indisciplina naciente, de aquel descontento, y le despidе. De diez casos, en nueve no se extingue el mal, pero de diez casos en diez exactamente el perturbador, el obscuro, el anónimo, el pobre intusorio lleva á otra Nuestra Señora de las Angustias la indisciplina y el descontento.

...Mas esto es largo, y así cortemos hasta otro número, querido don José.

J. J. MORATO

La huelga de Riotinto

La Comisión del Sindicato Minero de Riotinto me ha honrado con esta carta:

Sr. D. José Nakens.

Admirado y querido maestro: En nombre de doce mil asociados que componen el sindicato minero de Río-Tinto, doy á usted las más expresivas gracias por su generoso comportamiento.

Si todos los hombres que en España, por su significación, su posición y su historia, están obligados á prestar ayuda á los sufridos mineros de Río Tinto, lo hicieran, más llevadera sería la formidable lucha que en estos difíciles y críticos momentos están sosteniendo contra un capitalismo avariento y soez, que en su loco afán de acumular oro, no repara en ningún medio por reprochables que ellos sean.

Por desgracia para nosotros y vergüenza para España, estamos abandonando

dos á nuestra propia suerte; pues á los veintidos días de huelga, huelga formidable, tanto por sus gigantescas proporciones, cuanto por la unanimidad del paro, aún no se ha percatado el gobierno del conflicto, ni la gran prensa, esa prensa que diariamente dedica páginas enteras de sus grandes rotativos á cantar las excelencias del Gallito ó de Belmonte; no obstante haber repartido esta comisión de huelga más de ochenta mil circulares, todavía no se ha enterado que en la provincia de Huelva hay diecisiete mil familias que pasan hambre y sed de justicia.

Las organizaciones obreras, ahora principian á enterarse. Menos mal.

Si fuésemos creyentes, diríamos que sólo la Providencia vela por nosotros, puesto que á los pocos días de declarado el paro se desencadenó un fuerte temporal de lluvia, que ha causado á la Compañía una *porrada* de millones de pesetas de pérdida, con la que había sobrado, después de pagar á los obreros durante diez años, las reclamaciones que hacen.

Después se declaró un incendio en el pozo llamado «Alicia», que se calculan las pérdidas en más de un millón de pesetas.

Más tarde y no obstante haber dicho el director, según de rumor se dice, que «la huelga y sus gastos los pagarían los obreros con luto», ha ocurrido una horrible tragedia en la contramina San Dionisio, donde han perecido por asfixia cinco jefes ingleses y dos españoles.

Este drama espantoso, del que sólo el director es responsable, ha consternado y llenado de dolor el alma obrera de esta cuenca minera, no obstante hallarnos en estos críticos momentos de excitación y de odio contra los ingleses. De advertir es, que en particular dos de los jefes ingleses eran de lo mejor que ha venido á Riotinto. Sirvale á sus familias de consuelo saber que sus muertes han sido sentidas.

Dispense tanta molestia y mande á sus s. s. q. s. m. b.

Por la comisión
Félix Lunar

Fieles intransigentes

El cura de Pizzoli, en Aquila (Italia), amó prácticamente á una muchacha de las mejores familias del lugar.

Sorprendido una mañana en la casa de la víctima tuvo que apelar en paños menores á la estratagema de la fuga, teniendo la suerte de caer sobre un montón de trigo al tirarse por una ventana y salvándose así de la muerte ó de ser herido.

Poco después se dirigió á la iglesia para decir su misa, pero como la noticia del suceso había corrido por la población, se aglomeró el vecindario en actitud amenazadora, y tuvo que desistirse de su propósito.

Sí aquí los fieles se opusieran á que dijeren misas los curas que hiciesen cosas

iguales ó parecidas en cuantas poblaciones se celebraría el santo sacrificio de la misa?

En todas. Los católicos aquí no toman tan por lo trágico las travesurillas de los clérigos y son más tolerantes con las debilidades de la flaca naturaleza eclesiástica.

Actos de solidaridad

Cantidades que EL MOTIN entregó ayer en la Casa del Pueblo de Madrid para los huelguistas de Riotinto, donadas por los señores siguientes:

Braulio Algarra (Valencia)...	50'00
Juan A. Fandiño (Oviedo)...	10'00
Julian Alonso (La Bañeza) ..	5'00
Bernardino Sancristán, 5'00.—	
G. Villarias, 2'00.—Agustín	
Piedra, Miguel Díez, Emilio	
Villa, José Bonet, Juan Terán	
Lucilo Bravo, Antonio Or-	
rendia, Gumersindo Valle,	
Ruperto Alonso, León Herre-	
ra, Pascual Gallego, á 1; To-	
más Navarro, Martín Gómez,	
Angel Palacios, Ramón Berna-	
beu, Bernardino Arensede, Ma-	
nuel Luengo, Juan Villar, Pru-	
dencio Villarias, A. Montavi-	
lla, José Serrano, un amante	
del obrero, á 0'50; Cecilio Ra-	
mos, 0'40; Nicolás Luengo,	
Regelio González, Daniel Ba-	
rrum, S. F. S., á 0'25; Pedro	
Valle, 0'10. (Todos de San-	
teña).....	25'00
TOTAL.....	90'00

El Socialista

LUSITANAS

El Congreso Internacional del Libre Pensamiento

Al mismo tiempo que Madrid se proclamaba capital del orbe católico inquisitorial, sucesánea de Roma, con su intolerancia de impedir que el Congreso de Jurisprudencia discutiera la cuestión del divorcio, Lisboa hacía gala de su liberalismo invitando á los librepensadores del Universo á tomar sus deliberaciones en la capital de la joven República.

Con este acto, Lisboa se incorporaba á las naciones modernas. En Lisboa se pudo hablar como se habla en París, Berlín, Londres, Chicago, Bona y Roma la redimida. Con el suyo, Madrid se reincorporó á la Meca y Marrakech, y se hacía en el organismo moral de Europa un quiste, extranjero al ambiente que la rodea y al tiempo en que vive.

A la salida de ambos Congresos, los

concurrentes salían con estas dos expresiones:

—España no es patria de la Humanidad, sino feudo de la Inquisición. Sus moradores no son ciudadanos, sino cautivos. Cautivos ó jefes de cautivos, bajo el soberano látigo del Papado.

—Portugal es un nuevo patrimonio de la Ciencia.

Y de hecho, el pueblo portugués, consciente de esta conquista del Derecho, brindaba sus caricias á los nuevos huéspedes, mensajeros del futuro, que acudían allí á hacer balance del negocio de la causa de la redención de la conciencia, y á planear las batallas que se barruntan en la empeñada lucha con las iglesias opresoras.

Era el primer Congreso al cual llevaba su representación EL MOTIN, tanto como por afecto á las ideas, por simpatía á la nación hermana y por admiración á sus grandes hombres, que con su talento, probidad, seriedad y constancia supieron preparar y realizar la admirable obra de revolver el orden establecido sin estruendos de revolución, y amputaron del cuerpo de su patria el extenso y profundo cáncer monárquico arraigado en todos los órganos, sin resentirse la vida de ninguno de ellos.

No iba allí á hacer información minuciosa de los hechos particulares, sino á estudiar el conjunto y la significación y transcendencia del Congreso.

De él queda dicho cuanto incumbe decir á EL MOTIN, con sólo hacer constar que el Congreso discurrió á satisfacción de sus organizadores, extranjeros y portugueses.

Y por lo mismo que son cosas de familia española que los demás no tratarán por delicadeza, procede tratarlas aquí, dando previamente un aplauso á los españoles que asistieron, pero haciendo constar lisa y llanamente que el pueblo liberal español estuvo muy lejos de cumplir con su deber en tal ocasión.

Por muchas razones de decoro, de afinidad y de solidaridad, la España liberal debió hacer un esfuerzo y un acto que sirviese para desvanecer de la atmósfera española no sólo á España, en lo que concierne á las relaciones con Portugal.

¿A qué no son públicos los rumores de contubernios monarquizantes entre españoles y portugueses para anarquizar aquel país, y con esta anarquía de fábrica jesuitica hacer necesaria la repatriación de los monarcas y de los frailes como mal menor y necesario?

A tales contubernios, de Homen Cristo y Llorens, y de sus sectarios, parecía ocasión propicia de oponer resuelta y manifiestamente la solidaridad liberal de los dos pueblos.

Y esto no ha ocurrido, y España llevará por esta omisión el condeño castigo. El liberalismo español ha probado con ello la ignominia ó despreocupación en que vive de la complejidad de la sociedad moderna, que no consiente más que de título la independencia de las na-

ciones, ni la indiferencia de unas acerca de los males de las otras, porque el progreso ha universalizado todas las actividades, solidarizándolas a todas y atándolas a todas a una misma suerte ó a un mismo fracaso.

Es de lamentar y es de confesar: el liberalismo español ha fallado en este caso... ¡como en todos! Y no, sin duda, por culpa de la masa popular, sino de quienes han asumido el cargo de orientarla y de administrar sus energías.

Este fallo quedará demostrado con estas preguntas: ¿Qué grandes entidades han enviado sus embajadores al liberalismo portugués que los invitaba?... ¿Quiénes podían y debían ir, y no fueron?..

Estos renuncios se apuntan, como todos los renuncios, y entre todos ellos vienen a formar el *resentimiento* que en Portugal va produciéndose con España, *resentimiento* que cunde lenta pero hondamente, y que en su día se producirá en todas las formas del trato internacional.

Va formándose allí la conciencia de ciertos agravios, más ó menos definidos, y por lo mismo más aptos para propagarse y exagerarse; conciencia que levanta una frontera moral más terrible que las locales, y que España debe procurar destruir, para no suscitar la enemistad de una nación que además de estar en posesión de su derecho, puede en cualquiera momento crítico decidir la suerte de España.

Aquella ocasión se ha pasado ya. Esperemos que la acción de los liberales españoles preparará, para cuando vuelvan al poder, un viaje del Presidente de la República portuguesa a Madrid, con el fausto y programa guardados en el de Poincaré, bien necesario para amortiguar los resquemores existentes, y tan fundados, que si no existen hechos suficientes particulares para justificarlos, existe un estado de ánimo por el cual en la atmósfera española habría sonado poco menos que a subversivo el grito de *¡Viva la República portuguesa!* dado al entonar *La Marsellesa* las bandas de Madrid en los festejos de Poincaré.

Si no puede, pues, decirse con la misma garantía moral *¡Viva la República portuguesa!* que *¡Viva Poincaré!*, alguna diferencia de actitud habrá con respeto al uno y al otro país... Y esto que no está en ninguna parte visible, está en todas invisible, como el éter.

En la última sesión del Congreso librepensador se trataba del sitio de celebración de los futuros Congresos. Todos los países reclamaban este honor.

Belén Sárraga lo pidió en nombre de las Repúblicas hispano-americanas para Buenos Aires ó Río Janeiro.

Solamente España quedó muda. Algunos extranjeros nos miraban. Uno de ellos me interpeló y hube de responderle:

—*Por ahora... no podemos ofrecer a los congresistas más que las estacas de los requetés, las ametralladoras de los jesuitas, que son los obstáculos tradicio-*

nales en que se acaban de romper las narices los Jurisconsultos.

No se os ocurra elegir a Madrid, como sede del Congreso. Allí veríais el Paraninfo de la Universidad entregado a los cofrades de San Antón ¡como si no hubiese conventos é iglesias!; la Biblioteca Nacional, sirviendo al Congreso Eucarístico... Los librepensadores contarían a lo más con el teatro Barbieri, si los liberales de real orden no podían estorbarlo...

Esperemos... esperemos a poder celebrar las reuniones solemnes en San Isidro, ó en la Almudena... ¡qué todo vendrá si el mundo no cambia de rumbo!... Esperamos a que se quiten los *obstáculos tradicionales*... si es que ellos no nos quitan a nosotros... Y en esto nos metimos en el tren.

Magalhaes Lima se asomó al vagón en que habíamos montado algunos congresistas y

—¡Qué mal huele aquí!, dijo.

—Ciertamente, respondimos; este olor, que no es de ambar, pega bien a una vieja beata, pero no a una joven República... Magalhaes calló. La habíamos metido.

Era un coche... de la Compañía española, que para las fiestas de la República enviaba a Lisboa un cochecito de retrete y un retrete de cochecito.

Y tapándonos las narices, dijimos:

—Ya estamos en nuestra tierra... Esto huele a calles de Madrid. Y basta, pues peor es meneallo. ¡Buenos estamos para Congresos internacionales... salvo los eucarísticos!...

S. PRY ORDEIX

SOMOS... (1)

Espanoles, españoles;
gente ignara y perezosa,
que nos nutrimos de coles
por no tener otra cosa.
Orgullosos como soles,
muy faroles...

¡Espanoles, españoles!

Cabritillos, cabritillos,
que aguantamos, hoy en día,
los Ugartes, los Vadillos
y Echagües, de sacristía...
¡Siempre víctimas de pillos
amarillos!...

¡Cabritillos, cabritillos!

Primaveras, primaveras,
pues pasado el arrebato
contra Maura, con maneras
dulces tratamos a Dato.
Ya hoy no somos hocas fieras
agoreras...

¡Primaveras, primaveras!

Mariquitas, mariquitas:
hipócritas en el modo,
que con cuatro lagrimitas
nos asustamos de todo,

y aguantamos infinitas
viles cuítas...

¡Mariquitas, mariquitas!

Miedosillos, miedosillos;
cuando hay por medio negocio
contra tiranos pardillos
no se subleva ni un socio.
¡Chitón, mientras lancen brillos
los bolsillos!...

¡Miedosillos, miedosillos!

Pobretones, pobretones,
en artes, letras y ciencias.
(¿Dónde es alguien Romanones
no habrá muchas eminencias!)
Somos, en todo, ramplones,
cursilones...

¡Pobretones, pobretones!

Jesuitas, jesuitas,
que construimos, a cientos,
en vez de Escuelas, ermitas;
y en vez de arados, conventos.
Gentes zafias y contritas,
muy benditas...

¡Jesuitas, jesuitas!

Somos, fuimos y seremos,
según vemos,
españoles, jesuitas,
primaveras, mariquitas,
pobretones, miedosillos,
y, ante todo, cabritillos.

LUIS DE TAPIA

España Nueva

La gran funeraria

Ya estamos en el mes de Noviembre, el mes más fructífero para la Iglesia, durante el cual mueve con estrépito los cachivaches aterradores del sepulcro, el infierno y el purgatorio, que hacen desatarse las bolsas de los incautos y truecan las monedas por responsos, canturreos, misas y sufragios.

La frase de aquel cura bonachón que al hacer por la noche el recuento de lo depositado en el cepillo de las ánimas, dirige una mirada amorosa al ama opulenta de carnes que hace calceta a su lado y exclama:

—¡Ay, Riperta mía! ¿Qué sería de nosotros si la Iglesia no hubiera inventado el purgatorio?...

Encierra una gran verdad y una profunda filosofía.

La Iglesia vive de la muerte, y los muertos son su más poderoso y fructífero apoyo. Ella puede subsistir sin bautizos, sin bodas, sin escuelas y hasta sin sacramentos; pero no sostenerse en pie si la arrebatáis las tumbas, el cementerio, los terrores imaginarios del más allá del sepulcro. Tiene que ser enterradora por fuerza, y el cadáver que agarra no lo suelta jamás, sacándole más jugo mientras se pudre y hace polvo que en vida. A peso de oro compraría ella de nuevo si se la arrebatara, esa tierra que llama *sagrada*, y que convierte en prensa y alambique para extraer a los fieles difuntos hasta la última gota de su sustancia; y cuando ya no queda ni su polvo, toda-

(1) Parodia de unos bellos versos de Ardañin, publicados en *El Liberal*.

via explota su memoria y su recuerdo. Hay infinitos muertos que hace siglos desaparecieron de la tierra, y todavía están produciendo a la Iglesia insaciable. Contad, si podeis, todas esas capellanías, beneficios, ventas, legados, y altares fundados para sufragios de un muerto ilustre determinado que entró por el bautismo en el redil de la Iglesia, y ya no saldrá de sus garras por toda la eternidad, mientras los fondos o láminas produzcan algún interés.

Tiene la Iglesia mucho cariño a los muertos: sabe que en ellos está su pan y su riqueza. Por eso defiende como una hiena el cementerio, por eso se exalta cuando tratan de secularizarlo. Tiene ella contadas todas las parcelas de la mansión de los muertos, y sabe muy bien cuánto valen y producen. Si pudiera convertiría al mundo en una vasta necrópolis, realizando el prodigio, sólo a ella lícito, de convertir los húmedos terrones en oro brillante.

La sepultura y el cadáver la atraen con fuerza irresistible: nada le importan la vida, fe y costumbres del muerto. Con tal que logre apoderarse de sus restos está contenta; si sus amigos, deudos o admiradores no le dedican sufragios, ella le cobra a buen precio los puñados de tierra que ha de echar sobre su féretro, y ya logra su propósito.

Toda la grandeza de que alardea, su sublimidad y divinidad claudican ante el resposno y el cepillo de las ánimas. El sacerdote eterno, el representante de Dios en la tierra, recorre la iglesia y el cementerio, barbotando frases ininteligibles en un latín bárbaro, mientras las perras grandes y chicas caen en su bote. ¡He aquí a lo que ha venido a parar la obra redentora de Cristo! ¿Y para esto tantas siglos de luchas y de sangre?...

La Iglesia es la gran funeraria: no hay empresa fúnebre tan colosal como ella. Tiene sucursales en toda la tierra: allí donde se eleva un campanario ha emplazado su almacén de nichos divididos en todas clases y categorías y al alcance de todas las fortunas. Sus empleados, los curas, hacen bien la propaganda y no omiten jamás el cobrar sus derechos.

Toda la jerarquía eclesiástica, el esplendor de sus templos, el aparato de su culto, sus ansias de dominio universal menen sólo por único objetivo la caza del moribundo y de su cadáver, tras de los cuales sigue el filón de oro de los sufragios. Es sepulturera y funeraria todo en una pieza, y dentro de su brillante armazón no lleva más que podredumbres y gusanos.

FRAY GERUNDIO

Marido escandaloso

Ante el Juzgado (pretura) de Santa Anastasia, cerca de Nápoles, ha comparecido el sacerdote Luis Nappi acusado de adulterio por el marido de Teresa Maicne, saliendo condenado.

Los católicos españoles casados tienen

mejor opinión de los sacerdotes: ninguno cree que puedan en ningún caso abusar de su esposa.

Por eso no tienen inconveniente en que ellas los admitan cuando ellos no están. Y la prueba de que jamás ocurre nada, está en que ninguno acude a los tribunales con esas quejas.

Y diré más: si alguna vez ocurriese a alguno (que lo dudo) un percance de esa índole, no armaría el escándalo que ese de Italia. Yo sería el primero en aconsejarle que callara o mugiese donde nadie lo oyera, a fin de no perjudicar la religión de nuestros mayores, ni escandalizar a los pequeños.

¡Pues ay de aquel por quien viniere el escándalo!

Calendario del obrero para 1914

Muy pronto se pondrá a la venta al precio de siempre, esto es, 15 céntimos ejemplar.

El librito que está en prensa supera en variedad, utilidad y amenidad a los Calendarios de años anteriores, y, como aquéllos, no será una publicación efímera que se lee y se abandona, sino algo que se guarda para leer y consultar.

Oportunamente publicaremos el interesante sumario de este *Calendario*, que entre otras poesías inserta el siguiente soneto:

EL BOSQUE

Un hilo plateado de agua pura
corre y canta entre flores por la umbría;
sobre las altas copas, su alegría
derrama el sol desde la azul altura;
mariposas que esmaltan la espesura;
colores mil; arcadas... Mediodía.
Las aves, con dulcísima armonía
cantan al que creó tanta hermosura.

Un disparo retumba... Tiembla un pino;
borra el humo un momento el horizonte;
los pájaros se van; cae uno al suelo...

Es el curita del lugar vecino
que va con su escopeta por el monte
con los ojos clavados en el cielo.

ENRIQUE DE LA VEGA

Dignificar la prensa

Un padre puede decir a su hijo:

—Tienes fortuna propia, ocupas un puesto oficial; ocúpate, hijo mío, del periodismo.

De ahí ha procedido el rebajamiento que se nota en el nivel moral de la corporación y cierto descrédito de ella en la opinión. La afición por una parte y el noticierismo por otra han borrado la personalidad del publicista hasta llegar a convertirlo en un agente impreciso, ora de negocios, ora de policía.

El lector no encuentra ya bajo las fra-

ses la armazón de un carácter, la solidez de una opinión; no entrevé una cara, sino una máscara.

Y de ahí se deriva la desafección del lector. Sonríe, divertido, a la damisela que le acostumbra, como Purgon, a considerar otra cosa que las caras; lee, esceptico, tal artículo, esforzándose en adivinar lo que disimula. Pero guarda el entusiasmo, la confianza, cierta ternura como cierto odio, igualmente lisonjeros, para quien conserva la actitud, los defectos y las cualidades del periodista profesional.

El periodista profesional es, en nuestro tiempo, un mirlo blanco. El periodista actual es un empleado cualquiera, sin convicción alguna—por lo que cambia de parecer con más frecuencia que de camisa—y sin dignidad, ni profesional ni personal, siendo su vida, en los más de los casos, un asco. En esto principalmente estriba la razón del duelo en el periodismo latino. Como quitamanchas y también como medida preventiva contra acusaciones probadoras, el duelo debe subsistir. Es el taparrabos que encubre las malas vergüenzas de la Prensa actual y es también el más pingüe de los «modus vivendi» del periodista, como se ha probado, con ejemplos vivos de París, en el interesante libro «Duelville». El encallamiento de que habla Severine es tan general y profundo que suprimido el puntazo en duelo o el cambio de balas sin resultado, casi la mitad de los periodistas irían a la cárcel y casi la otra mitad al desprecio público. Por eso en Inglaterra, donde el periodista escribe bajo la amenaza constante del «hard la bcur» y del desdén nacional, la mayoría de ellos es honrada.

Hay en las aseveraciones de Ferrándiz una salvedad que debe recordarse.

«Como a D. Basilio—dice él—, le va a ser difícil (a mí) hallar plumas católicas y a la vez independientes y sinceras.»

Y esto es cierto, ciertísimo. Vengo notando que no pocos de los retoños de nuestro periodismo carecen de independencia y de sinceridad porque son católicos, católicos sin darse cuenta de ello, a veces sin saber que lo son, a veces echándola de incrédulos, de tal modo que bien pudiera decirse de esos periodistas que, al menos espiritualmente, les ha hecho la pluma un fraile.

Hay que tener el valor de añadir que el rebajamiento de carácter en periodistas que a veces son periodistas-criados, se debe también a la penuria de sueldos y de puestos. Se degradan entre sí, se calumnian, se infaman y hasta se matan por un cocido. El pocero, aunque no cambia puntazos en el antebrazo ni balas sin resultado, es en sí más honorable.

Campañas como las de Ferrándiz por la dignificación de la Prensa y de los periodistas son muy estimables en todas partes y deben serlo singularmente en España. Acá, en Francia también se trabaja por la vuelta de periodistas profesionales, cualquiera que sea el partido a que pertenezcan, como los Cassagnac, Veu

llet, Rochefort, Drumont, Cornely, Ma-
ret, la propia Severine, etc., etc., y por-
que la Prensa—que tanto pesa en la so-
ciedad moderna, con cuyo motivo puede
hacer tanto bien y tanto daño—no sea
exclusivamente industria, mostrador, ta-
quilla.

Hay que convencer á las empresas pe-
riodísticas de que pueden mezclar lo útil
y lo honesto; de que para que medre, por
ejemplo, una tienda de modas, no es in-
dispensable que tenga habitaciones desti-
nadas á citas, y de que mixtificar las ma-
nifestaciones de la vida social de un país,
causándole muertes y ruinas, es el más
horrendo de los crímenes, aunque no fi-
gure aún en el Código penal.

Y hay que convencer á los periodistas
de que para vivir de embustes, infundios,
falsos testimonios, etc., es mil veces más
digno echarse al camino con un trabuco.

LUIS BONAFOUX

Defendiendo al clero

En Juslibot, pueblo inmediato á Zára-
goza, se están cayendo la iglesia y la
casa del cura, sin que haya medio huma-
no de que se resuelva el expediente que
para repararlas se formó y que está dur-
miendo en Gracia y Justicia desde 1902.

¿Que si me importa á mí algo que se
reparen ó no? Absolutamente nada. Por
mí, que se hundan todas las de España,
y cuanto antes, si han de utilizarse sus
materiales para construir casas de obre-
ros.

Hablo de ello, sólo para tener pretexto
de copiar este párrafo que un colega de-
dica al asunto:

«Entre tanto, en Zaragoza se tira el di-
nero para lujo de los jesuitas, de los frai-
les, de las rollizas beatucas y para mil su-
perfluidades, y andan robustos los inúti-
les de la Iglesia y sobran recursos para
ellos y sus lujosas moradas. Lo sabe la Se-
cretaría, pero no lo remedia, y venga el
alquiler, amigo cura, de la casa que las
leyes te dan gratis. La odisea de este clé-
rigo por conseguir las obras de la iglesia
y de su casucho, ocuparía un libro.»

Y una vez copiado eso, únicamente
me resta decir al autor del comentario,
que para injusticias de esa clase, toda
población de España es Zaragoza; y que
si no fuera porque el clericalismo em-
plea el dinero que *baila* á los ricos en
embaucar, oprimir ó esclavizar á los que
trabajan, me alegraría en el alma que
los desplumase del todo.

Digo de esto lo que del juego: que
tiene un aspecto simpático: el de que el
dinero de los tontos pasa á los pillos.

Y lo que de los timos: que me es me-
nos repulsivo el que lo da, que el que lo
sufrir, presto que ambos van á lo mismo;
á quedarse con lo ajeno; uno con inge-
nio, y otro sin él.

El jesuita, el fraile y el cura ofrecen
la salvación eterna á cambio de dinero;
todo el acuñado en el mundo sería poco
para comprar tamaña felicidad; luego el
que cree agenciársela por unas misera-
bles pesetas, es el que estafa al otro, ó el

que, por lo menos, lleva la idea de esta-
farlo...

Por consiguiente...

Sin ninguno me quedo.

Poesías festivas anticlericales

Una de las que van en el to-
mo II:

EL BONETE Y LA MONTERA

Presbíteros y toreros
están ya de enhorabuena,
pues viene Semana Santa
y las corridas tras ella.
Para no perjudicarse
no se hacen la competencia,
y cuando el cura concluye
el diestro á bregar empieza.
Hasta el sábado de Gloria
es en el templo la fiesta,
pero el domingo de Pascua
en el redondel comienza.
Entre las dos diversiones
no halla el pueblo diferencia,
y con igual entusiasmo
va á la plaza y va á la iglesia.
El apartado y las vísperas
le placen de igual manera,
y si un sermón le alborozó,
un volapié le embelesa.
Yo que soy español neto
y católico de veras,
aficionado por ende
á quien con los cuernos medra,
entre un cura que ceñido
á una beata trastea,
y *Lagartij* pasando
á un Miura de muleta,
no sé por cuál decidirme,
ni cuál luce más destreza
al llevar á donde quiere
tras el engaño la bestia.
El mismo gozo me causa
ver á la irritada fiera
desafiando el castigo
sembrar de pentos la arena,
que á un presbítero de libras
si las misas escasean
arremeter á los fieles
con mugidos de anatema.
Pero basta ya de odiosas
comparaciones, no sea
que si lo saben los toros
con justa razón se ofendan.
Aho, como iba diciendo,
los encantos de esta época
en que el torero y el cura
me divierten y recrean.
Igualmente lucen trajes
recamados de oro y seda,
y sin barba ni bigote
ambos el semblante muestran.
Llevan igualmente el sello
del oficio en la mollera,
que es en unos la tonsura
lo que en otros la coleta.
Y, en fin, son gente rumbosa,
y claramente lo prueba
que usa sus mejores galas

cuando en trabajar se emplea.

Por eso cuando los miro
en el circo ó en la iglesia,
igual respeto me inspiran
el bonete y la montera.

JUAN VALLEJO

El Estado y la prostitución

Obra publicada por don
Joaquín del Moral y Pérez
Aloa, abogado con ejercicio
y ex fiscal de la Audiencia
de Madrid.

El estudio del problema sexual en re-
lación con la sociedad y con la ley, es
de actualidad permanente; el estudio del
aspecto concreto y específico de este
problema que se refiere al estudio de la
prostitución demanda en esta época de
transformación de costumbres y aquila-
tamiento de derechos, toda la atención
del jurista y del gobernante.

Sobre la psicología sexual, afortunada-
mente, ya podemos orientarnos en Espa-
ña por la magnífica obra del doctor in-
glés Haveloet Eblis, casi anticuada en
las bibliotecas extranjeras y aquí publi-
cada recientemente.

Sobre la prostitución en su aspecto le-
gal, hacía falta una pluma valiente y
cuerda, que, rompiendo con la mojiga-
tería que transforma las togas en sota-
nas y los birretes en bonetes, y hace ju-
rar á los jueces de hecho sobre unos
evangelios en latín, lengua que está fue-
ra de su alcance, diera una nota de sin-
ceridad y planteara la cuestión en sus
verdaderos términos con sus estadísticas
desnudas y sus diatribas restallantes so-
bre la piel de los que, con el pretexto
de administrar y defender la sociedad,
explotan el vicio y la ignorancia inicua-
mente.

Tal es la obra meritoria que se ha
propuesto realizar D. Joaquín del Moral
en su libro *El Estado y la prostitución*.

Habla el Sr. Moral como jurisconsulto
y desde una gran altura científica; des-
pués de hacer un completísimo índice
explicativo de las leyes que sobre la
prostitución han regido en todas las eda-
des de la Historia, entra en el estudio de
los sistemas vigentes sobre la materia, y,
de un detenido y documentado examen
crítico, deduce que el Estado, sin que-
brantar con ello los respetos que todos
los derechos individuales merecen, debe
llegar á suprimir la prostitución *domici-
liaria oficialmente*, de la manera más ra-
dical.

Entiende que las prescripciones del
Código civil referentes á la tutela, si se
aplicaran de una manera inflexible, po-
dían reducir á los más estrechos límites
la prostitución de los menores, y men-
ciona el magnífico resultado que han
producido en Inglaterra la institución de
los *Homes* (Hogares) para refugio del
mujeres arrepentidas ó retiradas de la
prostitución y de jóvenes virtuosas ó po-
bres.

Yo he de objetar aquí que en España sería muy peligroso traducir esta institución, porque habría de caer en manos de aristócratas arruinadas, como cayeron todas las similares, á quienes serviría de instrumento para abrir al Estado nuevas sangrías, y de arma para imponer por la violencia, como aquí es costumbre, el «cro en Dios padre.»

Tiene mucha razón el Sr. Moral cuando pile, como una de las primeras medidas profilácticas contra la prostitución, la de suprimir las agencias de colocaciones; en París las suprimieron el año pasado de una manera muy habilidosa: prohibiéndolas cobrar honorarios. Recuerdo que con mi última estancia en aquella capital coincidió el que por la Prefectura de Policía se impusiera una corrección á ciertas monjitas españolas, las protegidas de Casa Riera, que á pesar de la ley, como buenas españolas, seguían colocando criadas y cobrando el corretaje.

En nombre de la Sanidad pública se ha defendido durante mucho tiempo la prostitución colegiada y reglamentada; pero desde que Alemania y otros países que tenían prohibida la prostitución se decidieron á reglamentarla, y con ello vieron aumentar las cifras de las enfermedades venéreas y sífilíticas, les ha quebrado el argumento áquiles á los que cobran de las pobres prostitutas por procedimientos voluntarios, ó ejecutivos, que de todo hay casos.

Don Joaquín del Moral declara en el prólogo de su libro que se atiene al precepto aristotélico: «Decid lo que es debido, y decidlo como es debido», y es verdad. Que se oiga y se atienda su voz para bien de la moral, de la libertad y del orden.

E. BARRIOBERO Y HERRAN

FILOSOFIA BARATA

LA ROMERIA

Al fusilamiento del ex capitán Sánchez, á pesar del secreto con que se dispuso y de lo incómodo de la hora, acudió un enorme gentío. Si se hubiera anunciado el día antes, para una hora regular, se hubiera despoblado Madrid.

Entre la gente que acudió, á pie, á caballo, en pesetero, en automóvil, en tranvía, en bicicleta, hasta en aeroplanol, se hizo notar un carro de dos mulas. En este carro, que se dirigía á presenciar la muerte de un hombre, iban cuatro ó seis hombres, cantando, como si fueran á una romería.

¿Por qué cantaban? ¿Por crueldad? ¿Por inconsciencia? Todo espíritu ungido de dignidad se resistirá á penetrar en esta repugnante cueva humana. El proceso mental y sentimental de unos hombres que dan muestras de regocijo cuando un semejante va á morir se hurta á las investigaciones del pensador y pide los análisis del alienista.

Si embargo, es posible, y aun proba-

ble, que ninguno de los del carro sea loco, ni siquiera ligeramente anormal. Lo casi seguro es que sean todos hombres en su cabal juicio, que por falta de sensibilidad, de reflexión, de cultura de sentimientos, cometían aquel delito de lesa humanidad.

Cuando se consideran espectáculos tan repugnantes y afrentosos para la especie, la conciencia se exploya en soliloquios. Se atropellan las interrogaciones á los Gobiernos, á los estadistas, á los escritores, á todo aquello que actúa sobre la opinión. ¿Qué hacéis por extirpar la cizaña del trigo humano? ¿En que forma contribul á educar la conciencia colectiva? ¿Cuales vientos sembrasteis para que cosechemos esas tempestades?

Se dirá que en todo el planeta ocurre lo mismo. Se citarán los días de vergüenza en que Londres, hemático, ardió en fiebre por presenciar la ejecución del dentista Clippen. Se evocarán los espectáculos innobles de París, frenético, merendando y emborrachándose ante la guillotina de Caroy. Se citarán la saturnal macabra de los italianos, esperando que Musolino fuese al cadalso, y el siniestro festín de los petersburgueses, delante de San Pedro y San Pablo, cuando la ejecución de los compañeros de Gapon.

La crueldad es tan cosmopolita como la especie. Donde hay un hombre, allí hay un miserable. El principio de Hobbes—«el hombre es el lobo del hombre»—tiene sus fuentes en el Génesis...

Pero toda esta realidad del pesimismo no excluye la otra realidad del perfeccionamiento. No es lo mismo el hombre educado que el salvaje, ni la sensibilidad del europeo la misma que la del antropófago.

El hombre que convive con los filósofos, con los poetas, con los sabios y con los heroes, va serenando y suavizando las pasiones. El que trata con el rufian, con el egoísta, con el inconsciente ó con el cruel, las afina y pule, como los asesinos su puñal.

Por estas consideraciones gedeónicas quienes, desde el Gobierno, desde el periódico, desde la cátedra, desde la tribuna, actúan sobre la conciencia de un país, son en cierto modo culpables de estas escenas de indignidad y escarnio á la especie, que hay que evitar que se repitan.

Se nos dirá que cómo se evita un fusilamiento. Pues muy sencillo: no fusilando más á nadie. En la jurisdicción ordinaria se han corregido estas escenas de abyección, ordenando que las ejecuciones sean dentro del edificio celular. El pudor de la ley moderna ha sustraído á la crueldad pública el innoble espectáculo del verdugo. Las siniestras y repugnantes romerías del patíbulo están borradas para siempre en los procedimientos de ejecución civil.

¿Por qué, pues, mantenerlas en la militar? Los jueces militares, como los civiles, han de velar escrupulosamente por que se cumpla la sentencia. El condenado á muerte ha de morir, por las razones

que anteceden á todo fallo. ¿Es que las leyes militares no están sujetas, como las civiles, al progreso jurídico? Todo procedimiento—militar, civil ó canónico—se va perfeccionando y suavizando. La teoría penal moderna tiende á evitar al reo, no solamente sufrimientos, sino hasta molestias. El pobre ya tiene bastante con su situación. Desde el bolso del Ciríneo á la higiene y comodidad de las actuales penitenciarías, hay todo un curso de comprensión y de indulgencia.

Si, pues, lo único exigible por la ley es que el reo sufra la sentencia, y si en la ejecución de la sentencia es justo y es fácil y humano que presida el ahorrar tormentos al reo y espectáculos de abyección á la especie, ¿por qué han de mantenerse los fusilamientos?

El argumento de que las ordenanzas lo disponen es completamente pueril. Las ordenanzas no son intangibles, porque no están hechas por dioses, sino por hombres, y toda ley humana tiene carácter interino.

Hágase una acordada entre las ordenanzas y el espíritu de cultura y suavidad de sentimientos que informa la jurisprudencia contemporánea. Ejecútase al reo militar como al civil, dentro del edificio de la prisión. Y si la disciplina del Ejército necesita de la ejemplaridad del acto, dispóngase el desfile de las tropas ante el ahorcado, como ahora se dispone ante el fusilado.

Lo que no debe ser, en evitación de las romerías de la muerte—tan crueles, tan iníquas, tan infamantes—es que subsistan los fusilamientos, bajo ningún pretexto ni por ningún título. Dar á las leyes consecuencias de iniquidad sólo por mantener el procedimiento no fué jamás principio de jurisprudencia, sino lamentable rigidez de fariseísmo ó de rabulismo.

CRISTOBAL DE CASTRO

ALMANAQUE

cómico DEL CARLISMO
para 1914

PRECIO: UNA PESETA.

El P. Miguel Mir
y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 205 páginas,
UNA peseta.

Dios ante el
sentido común

Por el cura Juan Meslier

Precio: UNA PESETA

EL MOTIN



Lo que nos ahorraríamos con la libertad de cultos.—*Gil Blas*, 3 Diciembre 1868.



Un delegado de Roma, con traje y hechos de trabucaire, da su bendición á los carlistas en el acto de ir éstos á entrar en España. Los defensores de D. Carlos nos muestran sus corazones para hacernos ver la fe que en ellos se abriga.—*Jeremías*, 6 Abril 1869.



Lo que ve en sueños D. Carlos de Borbón, alias el Niño Terzo.—*Jeremías*, 30 Marzo 1869.



—Dominus vobiscum.
—¡Presenten! ¡armas...!—*Gil Blas*, 18 Julio 1869



La majestad de D. Carlos de Borbón y de Estetomando posesión de sus dominios.—*Gil Blas*, 12 Mayo 1872



—Ahora que estoy vieja me despiden usted...
—Señora María, desde que se casó nuestro amado rey D. Carlos siete años en moda las Margaritas.—*Gil Blas*, 13 Marzo 1870.



—Mi teniente: ahí está la mujer de un voluntario, que viene á buscar los Sacramentos.
—Pues tráeme la carabina.
Gil Blas, 11 Julio 1869.

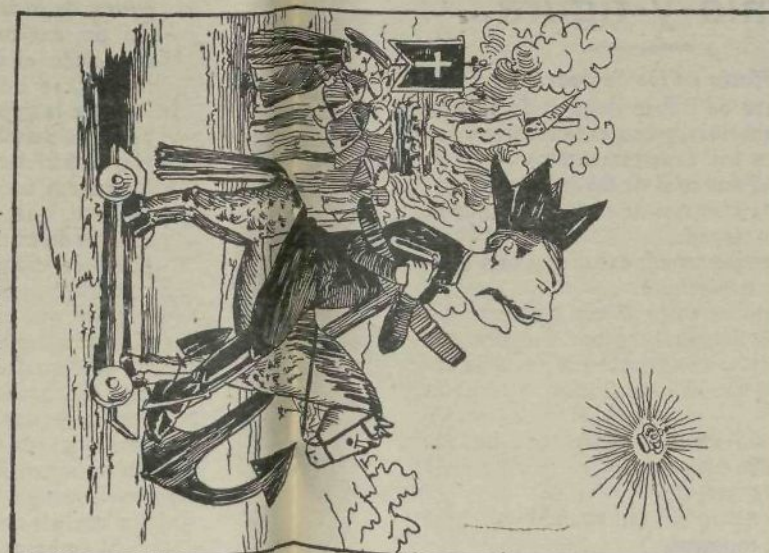


El rey Terzo, recibiendo el caballo de batalla con que ha de entrar en Madrid. (Facsimil de una fotografía de la época).—*Gil Blas*, 20 Junio 1869.



En un lugar de la Mancha... (Se continuará). *La Flaca*, 7 Agosto 1869.

LA ESPERANZA
Para sacarme de quicio
brilla una estrella en el cielo...
¿cuando brillará en el suelo
la hoguera del Santo Onicó?
La Flaca, año 1870.



Exhortación que dirige un obispo al clero de su diócesis en vista de la circular del Sr. Ruiz Zorrilla.—*Gil Blas*, 19 Agosto 1869.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior	5817'48
Un estudiante de Medicina (Madrid)	1'00
Un amigo (Cáceres)	1'00
Joaquín Armisen, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—Baudilio Balart, 1'00.—Raimundo Rufiandes, 1'00.—Juan Fasté, 1'00.—Antonio Solé, 1'00.—José Coma, 1'00.—Antonio Solanas, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Ernesto Spuerri, 1'00.—Enrique López, 1'00.—Juan Camell, 0'50.—Antonio Resena, 0'50.—Magin Prunera, 0'50.—Bienvenido Vilaseca, 0'50.—Armisto, 0'40.—Antonio Barbado, 0'25.—José Bonet, 0'25.—Ramón Balart, 0'25.—José Franco, 0'25. (Toldos de Gracia (Barcelona)).	14'40
Juan A. Fandiño (Oviedo) ...	5'00
Esteban Solana (Sta. Cruz de Retamar)	7'00
Antonio Vilalta (Barcelona) ..	2'00

Suma y sigue

5847'88

Varapalo merecido

Con motivo de haber solicitado cambio con *El Radical* un periódico mensual de Barcelona titulado *Las señales de los tiempos*, le ha soltado esta andanada á los protestantes:

«Solicita el cambio con *EL RADICAL* en el número décimo de su quinto año. ¡Es singular! No habérsele ocurrido antes esta petición... ¡Porque los mismos somos hoy que el día primero de nuestra llegada al estado de la Prensa!

¿Para qué nos querrá? Porque «Las señales de los tiempos» es una publicación protestante del género ñoño y defensora de una secta relativamente nueva y relativamente inútil; el sabbatismo, y nosotros, sabido es que con igual encono combatimos á católicos romanos que á protestantes de las diversas cataduras que se conocen, y á éstos tanto como á los espiritistas, á los filosofastros de varias especies y á toda clase de farsanterías explotadoras de la ignorancia y del humano instinto de lo desconocido.»

Le niega el cambio y después añade:

«Completamente sin cuidado puede tenernos cuanto piensen, digan ó hagan, y ni aun para divertirnos riéndonos de sus cosas nos sirven, porque no hay en el mundo nada más fríamente ganso, exótico, patoso y cursi que el protestantismo que nos quiere invadir y jamás lo consigue; se queda atascado en la valla.

«Han cambiado los tiempos; los liberales españoles de verdad hemos aprendido muchas cosas por tristísima experiencia. Antes, en cualquier sectario no católico,

fuese él protestante, judío, cismático, espiritista le ausista, ó como se llamara, veíamos primeramente un convencido, respetabilísimo por su sinceridad; luego, un colega en odio al gran enemigo de la dicha humana, el papado; finalmente, un auxiliar en la lucha contra el clericalismo.

Así creyendo, á todos los hemos estado jaleando desde 1868, en que empezaron á dar aquí señales de vida; los hemos defendido á veces á costa de nuestras correas, que han sufrido denuncias, secuestros, multas, causas criminales y otras persecuciones del arsenal monárquico; nunca les ha faltado nuestro apoyo; y si los han perseguido como diez, hemos gritado en defensa de ellos cual si los persiguieran como ciento, no sin conseguir así que los perseguidores amainaran.

Ni ha habido empresa de sectarios de esos, sermón, culto, apertura de templo, mitin, velada, libro ó hoja, que no hayamos favorecido siempre gratis con nuestra publicidad, nuestros alientos, aprobaciones y ayuda. Hay periódicos, uno de ellos nuestro querido colega *El País*, que han llegado por ese camino casi al exceso.

Bueno: pues he aquí el pago. Al principio, no lo echamos de ver; pero un día, por fin, notamos que si cada vez que á esos sectarios los molestaba algún mandarín, poníamos el grito en el cielo, cuando los perseguidos éramos nosotros, y siempre con más saña por cierto, ellos no tenían ni una palabra de compasión que dedicarnos en sus periódicos, ni siquiera la noticia del percalce y el frío y consabido «lo deploramos»; lo que no impedía que en cuanto volvía alguien á meterse con ellos, á nuestras redacciones acudieran cariacontecidos y gemebundos, en demanda de amparo.

Así mismo ninguna empresa liberal, más ó menos avanzada; ninguna idea, proyecto, moción, libro, folleto ó papel; ningún arresto, ninguna contienda nuestra contra el enemigo común, era por esos señores no diré secundada, ni mencionada siquiera en sus papeles; y menos hubo protestante, espiritista ó lo que fuere, que personalmente, como tal, nos ofreciera una sed de agua.

¡Coo... jines de seda con el egoísmo, tan cómodo, de tales caballeros! Mas aún esto habría podido pasar; no así lo que le siguió.

En las épocas de recrudescimiento de la tiranía clerical monárquica, tales como la etapa de Pidal en Fomento, la de la Regencia después del desastre colonial y la de Maura y Cierva, notamos en protestantes y demás sectarios no pocas muestras de hallarse más del lado de la reacción aquella, tan odiosa, que de la libertad y de nosotros.

Ya alguno como el P. Ferrándiz, nada sospechoso de clericalismo, había llamado la atención sobre los excesos de respetuoso miedo y en ocasiones de algo muy parecido á la conformidad, por no decir la complicidad, de esos señores con la Iglesia romana.

Y en efecto, se vió más claro en tiempo de Maura, cuando, preso Nakens, los protestantes prohibieron á sus hijos visitarle y auxiliarse; reciente la semana trágica, el periodiquín protestante del P. Cabrera salió aprobando aquella bárbara represión y la clausura de las escuelas de Ferrer, mas también aprobando las excitaciones de los obispos católicos contra las escuelas laicas en general.

Después hemos leído en la «Revista

Cristiana», de los Flíedner (protestante calvinistas), algún artículo favorable á los frailes, que parecía como si lo hubiera escrito Azcárate, el gran mixtificador. Y siempre la misma indiferencia, el mismo silencio respecto de las persecuciones que sufrimos los avanzados, únicos que defendemos á todos esos sectarios.

Recientemente, *Luz del Porvenir*, periodiquín espiritista de Valencia, se nos viene declarando cristiano y hablando de profecías bíblicas, de milagrerías católicas, de misas y apariciones; pero, eso sí, ya pueden él y los demás vernos con las tripas fuera, que no dirán siquiera: ¡qué lastima!

Y esto ¿cómo se llama? ¿Qué merece Tales caballeros ¿de qué sirven contra el común enemigo? ¿Qué esperar de ellos? ¿Han hecho algo positivo en tantos años? No, que más bien han entorpecido, como lo probaré, los avances del liberalismo. Y vamos á continuar haciendo el primo en favor de ellos como unos idiotas?

No y mil veces no; al menos aquí en *El Radical*, no; si todo lo contrario: á decir sobre ellos verdades muy grandes y muy amargas, considerándolos como gente del otro bando. Así, pues, señores sabbatistas, no hay cambio ni relación posible entre ustedes y nosotros; que cada palo aguante su vela.

¿Necesito declarar que me parece muy bien todo lo que en el anterior artículo se dice? Creo que no. Al copiarlo para que corra, ya demuestro que lo hago mío en todas sus partes.

En esto de religiones no tengo preferencia por ninguna: todas me parecen peores; pero me pasa lo que con los retores: que el que tengo más cerca, es, naturalmente, el que peor me huele.

Y en cuanto al protestantismo, confieso mi debilidad: me es profundamente antipático el español, único que conozco algo.

Me admira lo grande en todo, hasta en el crimen: por esto, si tuviera forzosamente que elegir entre Ignacio y Calvino, me quedaría con el primero, como varias veces he dicho. Ignacio era un león, con instintos de zorro; Calvino una hiena, injerta en un sapo.

Y entre el león, aun mixtificado, y la hiena, ¿quién prefiere la segunda?

Genio y figura...

Hasta en los balnearios

Un cura de Bilbao llega al de Villaro con dos sobrinas, y con ellas recorre y revisa todos los departamentos.

Al pasar frente al de las duchas, el tonsurado iba á colarse de rondón, cuando le dice la encargada:

—Dispense usted, caballero; está ocupado por una señora.

No debió creerlo el que quizás se vió calificado de caballero por primera vez en su vida, y al advertir una pequeña rozadura en uno de los cristales, miró hacia adentro.

Y siguió mirando, hasta que una de las niñas le preguntó:

—¿Qué ves, tío?

(Esto de tío no estuvo mal del todo en aquel momento.)

—Nada, querida, nada... Todo lo veo oscuro.

La señora que estaba dentro, esposa de un señor muy devoto, debió oír el diálogo, y como estaba completamente desnuda, lanzó un grito de espanto; *vióse como pudo y salió clamando contra aquel a quien había llamado tío la joven aquella.*

Los empleados de la casa y algunos bañistas procuraron calmarla; mas la señora, herida en su decoro, no se daba a partido.

—¿Quién ha sido ese pillo? gritaba fuera de sí, ignorando que se trataba de un ministro del Altísimo.

—Perdónele usted, por D'os. Ha sido una lamentable indiscreción—, decíanla algunas señoras.

—No hay indiscreción que valga. Quien quiera que sea, es un indecente.

El escándalo trascendió a la calle; acudió un municipal, y no lo hubiera pasado muy bien el tío de las dos sobrinas, si aprovechando la confusión no hubiera tomado las de villadiego.

Hasta aquí lo que ha dicho la prensa.

Lo que ignoramos, es lo que ocurriría luego entre aquel tío y sus sobrinas, si realmente tenían derechos adquiridos sobre su presbiterial persona. Su descaro y su cinismo le habían hecho digno de que le hubiesen arrojado la sagrada circunferencia. ¡Ponerse a mirar delante de ellas a otra mujer! ¡Y desnuda!

Afortunadamente el enojo de las jóvenes duraría poco, pues ya se encargaría su tío de desvanecerse en cuanto estuvieran solos, en la forma y modo que tenga por costumbre. Y si entre esposa y esposo es dulce hacer las paces, ¿por qué no ha de serlo entre tío y sobrinas?

Me felicito de que los bañistas que presenciaron la escena, no rompiesen un alón al cuervo. Los ministros del Altísimo deben ser respetados en todo lugar y ocasión; que es lo que yo hecho toda mi vida, según es público y notorio.

El cristianismo

y el librepensamiento son antitéticos

Refutando el célebre é ilustrado propagandista Otto Karmin la tendencia, ó más bien la costumbre de ciertos liberales, de considerar á Jesucristo como un precursor, dice lo siguiente:

«La personalidad de Cristo se asemeja á esas monedas que han circulado por tantas manos que su relieve está completamente borrado y sólo cabe echarlas al crisol para acuñarlas de nuevo.

Puédese, en efecto, afirmar que en el mundo cristiano no hay idea alguna filosófica, moral ó política (exceptuando las del librepensamiento) que no se haya procurado hacer derivar de las enseñanzas de Cristo. Tomás de Aquino como Lucken, Torquemada como Schleiermacher, el R. P. Félix como Guillermo Weizsäcker, José de Maistre lo mismo que Tolstoi invocan su autoridad.

Cuando se ve que ortodoxos y liberales, inquisidores y apóstoles de la bondad, defensores de la sociedad capitalista y de la comunista, apologistas del absolutismo sanguinario y anarquistas predicadores de la pasividad, tratan de beber sus argumentos en una misma fuente, bien se tiene el derecho de decir que quienes prueban demasiado no prueban nada.

Por otra parte, en el terreno de la propaganda, cuando se emprende un movimiento de ideas, hay que evitar toda confusión posible. El librepensamiento no se interesa en dar la ilusión del número; sólo persigue un fin: hacer reflexionar, y por ese medio libertar los espíritus. Y no es velando su bandera, engañando respecto á su programa, como alcanzará eso resultado.

No; Cristo y el librepensamiento son antitéticos y sólo pueden combatirse. Todo intento de unirlos sería una traición contra la verdad, y por eso, directa é indirectamente, contra la propaganda.»

Rosas y espinas

«En el parque del Vaticano se ha suicidado, arrojándose por una muralla de 10 metros de altura, el anciano Vicente Antolini, decano de los jardineros del Papa.

El suicidio se ha debido á estrecheces económicas.»

(De un periódico.)

Decir yo había oído
bastantes veces
que al lado de los Papas
no hay «estrecheces»,
á no ser la de miras
y la de mangas;
que allí, en el Vaticano,
todo eran gangas;
que vivían felices
sus empleados,
igual fueran insonso
que tonsurados;
que lo mismo los curas
que los seglares,
guardias nobles ó suizos,
que familiares,
se hallaban en perpetuo
«dolce famiente»,
sin carecer de nada,
naturalmente;
que las pingües riquezas
del Vaticano
las repartía el Papa
cual buen cristiano,
con sus mil palaciegos
ó pontificios,
en pago (como es justo)
de sus servicios;
y, en fin, que los sirvientes
del Padre Santo
dábanse una vidita
que era un encanto...

Mas hoy, lectores píos,
mi error confieso,

porque (según las trazas)
no hay nada de eso.
Tal vez los familiares
y los prelados
domésticos del Papa
vivan holgados;
quizá lo que les sobre
sea «dineros»,
con tal de que no actúen
de jardineros;
pues si el pobre decano
tan mal vivía,
peor lo harán los otros
«entodavía»...

De Vicenzio Antolini
la negra suerte
no encontró más refugio
que el de la muerte;
y halló en ella reposo,
paz y descanso,
tras de cinco ó seis lustros
de hacer el ganso;
y, aburrido de aquella
ruda batalla,
se arrojó desde lo alto
de la muralla,
mientras los que pregonan
la fe de Cristo,
se daban allí lustre,
«postín» y pisto...

Fácil es que en memoria
del fiel difunto,
Pío Diez tome cartas
en el asunto,
y, al saber del suicida
las estrecheces,
indemnize á los suyos
hasta con creces;
pero es indiscutible
que ese decano
de los floricultores
del Vaticano,
cultivador de plantas
semidivinas,
aunque vivió entre rosas,
¡murió entre espinas!...

CARLOS MIRANDA

El Liberal

EL LIBRO DEL P. MIR

El día 4 del actual se presentó en casa del editor del libro una comisión del juzgado, compuesta de un oficial, un secretario y un alguacil, acompañada del letrado Sr. Osorio y Gallardo y del procurador Sr. Cordón y provista de una providencia «para secuestrar» los ejemplares que quedaran de la *Historia de la Compañía de Jesús*.

A tal efecto el procurador había mandado ir disimulada y extracifialmente á un conocido librero de Madrid, sin duda con el propósito de nombrarle depositario de los ejemplares que se encontraran.

Enterado el editor de la misión del juzgado, hizo constar que, habiéndose dictado un auto en que el juez fallaba á su favor reconociendo que se había cumplido con la ley en todas sus partes y era

justicia que el Sr. Ratés disfrutara de su derecho, había agotado la edición, no quedando de ella sino dos ejemplares que sin inconveniente alguno entregaba.

No satisfecho el letrado con estas manifestaciones, y aún cuando el auto que llevaba la comisión del juzgado era solamente «para secuestrar libros», sometió al Sr. Ratés a un largo requerimiento, que fué aceptado por éste con el fin de allanar a los demandantes toda dificultad.

En el requerimiento trató el Sr. Osorio de inquirir insistentemente quiénes eran los compradores de ejemplares, no pudiendo saber otra cosa que lo que sabía el editor: esto es; muchísimas personas que no han considerado necesario dejar su filiación para comprar un libro.

No convenían al letrado estas razones, y creyendo que podría saber aún algo más, y dando ya por completo al olvido que no iba autorizado más que para recoger libros, pidió al Sr. Ratés que permitiese registrar su casa y la imprenta que su hermano tiene establecida en el mismo edificio, más la vivienda, sótanos y boardillas pertenecientes a dicho hermano.

Siguió el Sr. Ratés condescendiente y puso su casa a disposición de aquellos señores, pero necesariamente tuvo que añadir, que en cuanto a registrar la imprenta y la casa de su hermano era necesario decirse a él, por la multitud de razones que asisten a todo ciudadano en el pleno dominio de lo suyo.

Desistió entonces el Sr. Osorio, pero tampoco se acordó del límite que el juez había señalado en el auto, y pidiendo que se vigilase el edificio para que no saliese de él «paquete, cajón o bulto que contuviera libros» comenzó acto seguido a dar instrucciones al alguacil, encargándole que pidiese en la Comisaría del Distrito el auxilio que necesitara.

Así se hizo, obediendo a la iniciativa del abogado, sin que el juez hubiese podido apreciar entonces si era o no pertinente esa medida.

Y durante toda la noche y el día siguiente se vigiló la casa por los alguaciles, guardias de seguridad y agentes de vigilancia, acompañándolos a última hora el procurador, que disimuladamente aguardó en una posada que hay en la misma plaza donde la casa tiene su entrada principal, a que llegaran un inspector y cuatro agentes más, provistos de los correspondientes mandamientos para verificar el registro deseado.

Se practicó éste en los sitios que el señor Osorio pidió el día anterior, y sólo se encontraron en casa de Sr. José Ratés los dos ejemplares que éste entregara a la representación de los demandantes, sin que fueran aceptados entonces por ella, tal vez con la esperanza de encontrarlos en mucha mayor cantidad, pero recogidos en esta ocasión.

Y después de practicadas todas las diligencias se retiró la fuerza pública de todas las entradas de la casa, que el mismo Sr. Ratés les había indicado ante tal lujo de precauciones, acaso porque, al

ver que se establecía vigilancia, quiso aprovecharla para dormir tranquilo y bien guardado.

Todo eso encuéntralo tan natural y corriente en estos tiempos, que no incurriremos en el pecado de necedad extrañándonos de que haya ocurrido.

El jesuitismo es un excelente maestro en todas las artes y oficios que se relacionan con el atropello, la injusticia y el despojo.

Y el caso es que a lo mejor resultan unos primaveras. ¿A quién se le ocurre pensar que podía haber todavía ejemplares por vender de un libro al que ellos han hecho tan formidable reclamo?

Hubieranlo dejado en paz y de seguro que no vende el editor la tercera parte.

Un trato: hagan lo mismo con todos los que se publican en EL MOTIN, y les daré una buena propina. La fruta del árbol prohibido es hoy tan apetecible y sabrosa como en los tiempos de Adán y Eva.

El credo carlista

Soneto

Queremos la barbarie, la ignorancia,
apagar toda luz, todo derecho,
ver el país en ruinas y deshecho
sin más saber que la doctrina rancia:

Dominar al mortal desde la infancia,
hacerle esclavo en calabozo estrecho,
intervenir su cámara y su lecho,
ordenar su destete y su lactancia,
marcarle derrotero en su camino,
revisar día y noche su patente,
administrar sus tertas y su vino
previo un tanto por ciento conveniente:
y todo a nombre de ese Dios divino,
justo, sabio, magnífico y clemente.

El Penabn.

25 Enero 1874.

El homicidio y el Jurado

¡Fué negro aquel día, fué horrible en verdad! Día de luto, día sin igual, que dejó en mi alma un recuerdo imborrable de ira y de dolor. Tuvo la primera hora de aquel día algo de infernal, y aun hoy, al recordarla, siento como el frío de un puñal que penetra en mi corazón.

Es preciso ser padre ó hermano del muerto para comprender el horror que produce el homicidio en la familia de la víctima. A unos pocos pasos de la casa de ésta se perpetró el asesinato de un joven pundonoroso y distinguido. Era fuerte, gallardo, y tenía un alma de niño. Jamás hizo daño a nadie, y era su conducta de aquellas en que se admiran en armonioso concierto los nobles impulsos del corazón, los dictados de la rectitud moral, y el altruismo más abnegado y generoso. De espléndida y sana juventud, de belleza viril y ri sueña como la esperanza, era el orgullo y la alegría de su anciano padre. Era, en fin, un ejemplar rarísimo de sanidad juvenil en perfecto equilibrio con el vigor mental.

Fué su alevoso matador, un chulo, uno de esos fragmentos deprimidos de humanidad que viven de la explotación femenina, apoyándola en los dos pilares de la va-

gancia y del matonismo. Con el arrimo de esta vergonzosa influencia hubo de prevenir los rigores de la ley, que hubiera quedado burlada y escarnecida sin la intervención de los dignísimos magistrados que, llenos de santa indignación, impidieron un infame veredicto absolutorio; y aun así, el criminal resultó condenado a pena tan precaria, que a todos pareció una irrisión de la Justicia. Y, a pesar de esto, el homicida, amparado por quien y como queda dicho, interpuso el último recurso que pende hoy de la resolución del Tribunal Supremo. ¿Cuál será ésta?...

El Jurado al uso tiene seco el corazón y vacía la cabeza. Sus miembros son, por lo común, ignorantes y venales; sus fallos, por lo tanto, absurdos. Pero los miembros del Tribunal Supremo, venerables por su edad, de notoria ilustración y de rectitud acrisolada, son la más firme garantía de la Justicia. Y si a los jueces de hecho no les ha contenido la voz de la conciencia ni el clamor de la opinión pública; si el Tribunal popular no garantiza los derechos del hijo de familia frente al matón, no corresponde a los jueces de derecho levantarse, hacer uso de su autoridad y de la ley é impedir la intrínseca maldad de un recurso absurdo, que constituye una denegación y una afrenta enorme de la Justicia?

Nada más lejos de mi ánimo que la exaltación de la venganza jurídica que perteneció a edades pretéritas, y creo que deben acatarse esas leyes piadosas que respetan, aun en el individuo culpable, el carácter augusto de humanidad; pero este respeto no puede estar reñido, ni lo está, con el odio a toda sanción penal, disfrazando con un sentimentalismo vano, huero é interesado, la repugnante venalidad de aquellos que anteponen la libertad de un chulo sin conciencia a la legítima defensa de una familia que después de perder a un ser querido é inocente de toda culpa, ve en triste é incalificable contienda la honra sin mancha de ese ser idolatrado, no obtiene la digna, pública y severa vindicación que merece, y tiene que apurar hasta las heces la copa de la amargura por culpa de un vil criminal.

Favorecer con cualquier pretexto a un matón homicida es cosa altamente antisocial, inmoral, injusta, y, por lo tanto indefendible. El chulo homicida mata por matar; se mueve agitado por instintos sensuales, concupiscentes y depravados fuera del círculo en que se mueven otros criminales merecedores de atención ó de perdón. Contra esos nocivos elementos la sociedad necesita sanciones reparadoras que afirmen su existencia y la vida del Derecho. ¡Cómo! Aceptamos la sociedad con todas sus trabas é imperfecciones sólo por lo que tiene de defensora de los derechos de la familia, y, sin embargo, cínicos violadores del derecho más sagrado de todos, dejando impune al matador de un hijo de familia, hemos de decir al afligido padre: «Sufre, resignate, pobre anciano; cónfórmate con tu suerte; ninguna ley fué eficaz para proteger la vida de ese ser; ninguna ley tampoco es aplicable con rigorismo al chulo que te lo arrebató a tus amorosos y paternales brazos: tú pides reparación y justicia; nosotros somos los encargados de dártela; pero la ley es deficiente, el Jurado su violador, la jurisprudencia casuística y en este maremágnum nada podemos hacer por tí». Tal perversión de sentimientos, semejantes interpretación y olvido de la Justicia, ¿no serían capaces de arrancar el más punzante alarido de la conciencia?...

Hay que hacer una enérgica tentativa para influir como ciudadanos en la vida judicial de España alentando con entusiasmo á los que se preocupen de la reforma del tribunal popular y del enaltecimiento de la Justicia. Si los horrores que ha hecho el Jurado con las familias absolviendo á los más viles asesinos los hubiera hecho con los propietarios absolviendo á los ladrones, desde remota y pasada fecha hubiera quedado suprimido. Y es que la generalidad, carente de todo sentido moral, ama más el dinero que la honra y que la vida. Y para convencer á los gobiernos de dicha necesidad, imperiosa y urgente; para llamarlos á la triste realidad, habrá que esperar á que los matones determinen la cifra á que ha de llegar el espantoso con sumo que hacen de vidas humanas?...

El nombre de un inocente, puesto hoy sobre la mesa del Tribunal Supremo, es ya una bandera que puede cobijarnos á todos en sus pliegues, con honor, y alentar nos á una empresa de romanticismo varonil contra todo cohecho de los parásitos que viven de la chulería y del matonismo amparados por la opulencia.

Si la coacción penal tiene por fundamento la reparación, siempre incompleta, de un daño, y la custodia de los intereses sociales, nunca como ahora para dar satisfacción al derecho y á la opinión pública, resolviendo conforme á lo que exigen los nobles defensores del primero y el clamor incesante de la segunda, un caso hermoso de justicia retributiva.

M. M. J.

Madrid Octubre 1913.

Cura condenado

De Regensburg telegrafiaron á la *Gaceta de Voss* que el cura de Munsterer había sido condenado á cuatro años de prisión, por haberse apropiado fondos de la caja de su iglesia y de otra caja de crédito mutuo (Raiffesen) de la que era presidente.

Aquí no podríamos telegrafiar á nadie noticias parecidas de los curas que se apropiaran en sus iglesias de lo que no les pertenece; cuadros y objetos artísticos especialmente.

Tendríamos que gastar un capital en telegramas todos los años, y somos muy pobres para permitirnos esos lujos.

Piedad para ellas

Provocativas y audaces iban. Sus faldas cortas permitían ver el arranque de las piernas modeladas armoniosamente. Los cuerpos mostraban su gallardía enfundados en los corsés rectos que las daban cierta rigidez hierática. Circundaba las cabezas una como diadema de ricitos superpuestos, formando un escarolado. Los labios, arrebolados con carmín, destacaban enérgicamente sobre el blanco empolvado de los púmulo y las mejillas.

A su paso, los hombres las miraban, y en sus miradas había curiosidad lúbrica, estremecimientos de lujuria, resplandores simiescos, rictus de ironía en sus la-

bios, que murmuraban quién sabe qué ofertas ó qué comentarios.

También las mujeres las contemplaban. Con repugnancia unas, que á las severas damas que no transigen con el vicio les duele y repugna que el vicio exista; con lástima otras, que las que han sentido debilidades ó han sufrido asedios de hambres y necesidades, son piadosas con las caídas; con curiosidad las núbiles, que el amor, aunque esté prostituido, tiene un cierto encanto que cautiva los espíritus de las no avizadas á sufrir sus zarpazos dolorosos y sus caricias llenas de voluptuosidad; con envidia algunas, que aunque parezca una paradoja, hay virtudes que desearían trocarse en liviandades, y purezas que ansian el lodo, no descendiendo hasta él por falta de ocasión donde tantas ocasiones sobran.

Yo también las miré y sentí piedad inmensa. En aquellos ojos apagados, avivados por la brillantina, vi la imagen del hastío; en aquellas bocas contraídas por una mueca que quería ser una sonrisa, adiviné el cansancio de besar á sueldo; en aquellos cuerpos rígidos y gallardos con algo de rigidez hierática, la monstruosidad de su encanallamiento espiritual, y sentí lástima, lástima inmensa por aquellas desventuradas que engañaban á la gente fingiendo satisfacciones que no tenían y que se engañaban á sí mismas creyéndose venturosas en el lodazal de sus vidas perdidas para la honestidad.

Y allá fueron, calle abajo, perdiéndose entre los grupos de gente que las contemplaban, despreciándolas unos, insultándolas otros, deseándolas los más y sin comprender nadie tal vez el martirio callado, sin protesta, desconocido hasta por ellas mismas que sufrían aquellas miserables hetaíras por redimir á la bestia humana de apetitos y liviandades que necesitan satisfacción, y á la que entregaban en holocausto sus cuerpos por el vicio profanados.

IMPERIA

Voz de verdad

La verdad científica será siempre más hermosa que las creaciones de nuestra imaginación y las ilusiones de nuestra ignorancia.

Nada conozco más confortante que esas palabras de Claudio Bernard: «La ciencia, modesta y soberbia en su sencillez, depones ante lo Ignoto este tributo de sinceridad: no sabemos». Ignoramos la naturaleza de muchas cosas, pero apartamos los ensueños y las esperanzas de quien detiene su pensamiento en el atrio de una iglesia, y no aceptamos sino el conocimiento sistemático de los fenómenos.

Copérnico y Galileo, al demostrar que es la tierra la que gira, prueban que Jesús no paró el sol; Kepler y Newton, mediante la gravitación universal, infieren que la fuerza es inherente á la mate-

ria; la geología destruye la fábula de la creación del mundo; Franklin doma el rayo, arrancándolo á la superstición, y lo hace nuestro aliado; el análisis espectral establece la edad de las estrellas, y Nordman determina su temperatura; Berthelot, Wurtz, Kolbe, Kekulé, Lebel, descubriendo uno de los secretos de la vida, nos dan la síntesis en la química orgánica; Lamarck y Darwin, merced á sus vistas científicas sobre la adaptación al medio y la selección natural, nos abren horizontes que van más allá que las novelas más fantásticas y dejan muy lejos hacia atrás las puerilidades de las explicaciones dogmáticas.

Ya no hay fronteras para los conocimientos humanos. La ciencia jamás hará bancarota, porque la ciencia no es una religión ni aspira á serlo, porque observa y no divaga en conjeturas indemostrables.

GASTÓN MARTIN

ARTÍCULOS FIAMBRES

Ni justicia ni ley

Abrid á prisa las válvulas de la indignación, inocentes que os pasáis la vida trabajando por el triunfo de la justicia; abridla, si no queréis estallar bajo la presión de estos renglones:

Diez años hace que están en la cárcel de Córdoba algunas de las personas complicadas en los sucesos de Montilla en 1873. Aquellos sucesos, ocurridos en momentos de perturbación y efervescencia, consistieron en el incendio de dos casas y la muerte de dos personas, una por disparo de arma de fuego, y otra porque, huyendo, sufrió una tremenda caída desde una alta tapia y falleció poco después.

A consecuencia de la causa que se formó, ingresaron en la cárcel 143 individuos, entre ellos una mujer que ha permanecido en la prisión siete años y seis meses. En diferentes épocas y con extraordinaria lentitud fueron excarcelados 123, en la cárcel han fallecido 11, y los nueve restantes siguen allí aguardando el resultado de la causa y su absolución ó condena.

¿Decís que eso es aterrador? Lo esperaba, pues sois impresionables cual niña nerviosa. Pero ¡bah! no saquemos de quicio la cuestión; juzguémosla con el ánimo sereno de hombres de Estado.

¿Cuál es el crimen más horrible que puede cometerse? El de no triunfar, sea cual fuere el campo de batalla que se elija. ¿Triunfaron los que cayeron presos? No. Pues que no se quejen los que quedan.

Las leyes que marcan diferencias entre el delito común y el político son interpretadas siempre por los vencedores. Ved á los que en diferentes épocas fueron condenados á muerte ó á presidio por atacar la legalidad, fraternizando ahora con los que la defendían. Pasó el Jordán del triunfo por sus condenas y quedaron limpios y purificados.

No se trata de esto, me diréis, sino de que esos infelices llevan diez años presos sin saber aún si se les considera inocentes ó culpables, y sin que los mismos que con sus predicaciones los lanzaron al hecho hayan alzado ni una vez siquiera su voz contra la lentitud incomprensible del procedimiento.

Supongamos que no hubiera entre ellos más que un inocente, uno sólo, y que mañana los tribunales lo declarasen así. ¿Con qué se le compensarían diez años de prisión? Cuando saliera de allí con las fuerzas decaídas y el ánimo abatido, muerto física y moralmente, ¿quién sería responsable, hablando el lenguaje de la justicia, no el de la ley, de las faltas ó los crímenes que pudiera cometer?

¡Diez años! Sí, hallándose libre y sano diez años de desventura son interminables, ¿cuánto no lo serán estando preso y enfermo!

En esos diez años que él ha permanecido en la cárcel, viendo morir á sus compañeros, ¿cuántos inocentes también, ¿cuántas infamias y crímenes políticos no se han cometido, causando no la muerte de dos hombres sino de muchos, y el incendio no de dos casas, sino la ruina de tantas!...

Todo eso y más diréis, necios sublimes que tomáis aún en serio una porción de palabras, de ideas y de hombres en un país donde las palabras ocultan las ideas, las ideas disfrazan á los hombres, y los hombres comercian con unas y otras, sin advertir que todo eso es romanticismo puro, pues lo racional sería decirle á esos imbéciles.

«Acabarán ustedes sus días en la cárcel, porque su delito (no el que les privó de libertad, el otro) es terrible; el único sin redención: no tener una peseta.

Ríanse ustedes, si les quedare humor para ello después de diez años de prisión, cuando oigan decir que la ley es igual para todos, que se hace justicia, y otras necedades propaladas por los inocentes y los malvados.

Al que es pobre y cae, no lo levanta ni la caridad, la ley es letra muerta cuando favorece al infortunado, y la justicia está reñida con los harapos.

Y no es de hoy ni de ayer, es de siempre, como lo demuestran estos versos escritos en la pared de un calabozo:

Aquí por justa sentencia
yace un ladrón principiante
que no robó lo bastante
para probar su inocencia.

Si ustedes se hubieran dedicado á hacerse ricos (el medio era lo de menos) y una vez conseguido les da la humorada de cometer unas cuantas atrocidades, censurable sería siempre, mas no les produjera consecuencias graves.

¿Mas á quien se le ocurre lanzarse por el sendero del crimen (suponiendo que lo hicieran, que lo dudo al ver que no los han ahorcado), sin tener si quiera con que mandar rezar á un ciego? ¿A quién?

Por tales razones, no abriguen la esperanza de que se les haga justicia en la tierra; y aun cuando el Catecismo afir-

ma que los perseguidos por ella encontrarán gracia en el cielo, les aconsejo que no se consientan mucho hasta ver si se sustancia el pleito entablado sobre si hay cielo ó no lo hay, pues sería cosa de darse al diablo si al llegar allá sufriesen un nuevo desengaño.»

Este es el lenguaje que debería emplearse con esos desdichados, en vez de indignarse contra los ilustres infames que han gobernado desde 1873 acá.

1883

La pena de muerte

En una ciudad populosa, capital de provincia, apareció hace tiempo el cadáver de un niño con el cuerpo lleno de señales demostrativas de que la muerte lo había sido producida violentamente.

Se instruyó proceso y recayeron sospechas sobre la madre del niño. Los indicios debieron ser tan vehementes y las declaraciones de los testigos tan irrecusables, que el fiscal pidió para ella la última pena.

En tal estado de cosas, murió hará próximamente mes y medio uno de los magistrados de aquella Audiencia, dejando escrita una carta á su hijo, autorizándole en el sobre para abrirla si la mujer sonetida á procesamiento fuese condenada.

Haciendo uso de la autorización el hijo abrió el pliego, en el cual se patentizaba la inocencia de la infeliz, pues decía que el niño había sido atropellado por el carruaje de un influyente personaje político, quien, después de recoger al herido, lo condujo á su casa, encomendando su curación á un médico; pero como las heridas eran sumamente graves, falleció á pesar del esmero con que fué asistido. Entonces, para evitar responsabilidades, el personaje dispuso que el cadáver se arrojase con el mayor secreto á la vía pública.

Horroriza pensar en que, si no se descubre á tiempo la verdad, esa madre hubiera podido expiar en un patíbulo la muerte de su hijo.

Todos los argumentos contra la pena de muerte pueden ser refutados; contra este no valen razones ni sofismas. ¡Morir una madre en el patíbulo, acusada de haber asesinado á su hijo, siendo mentir! No puede inventarse nada más terrible.

Afortunadamente, por esta vez se ha evitado un asesinato jurídico, pues no creo que el personaje autor involuntario de la desgracia (cuyo nombre debería hacer público quien lo supiera) tenga poder bastante para desvirtuar la revelación del difunto magistrado.

1888

¡Viva España con honra!

Ayer (1868), todo era alegría, esperanzas; hoy (1885), todo es tristeza, desesperación.

Ayer España era un gran pueblo abierto á todos los entusiasmos y dispuesto á

todos los sacrificios: hoy es un rebaño de ovejas que se deja apalear con el cayado y á quien intimida el sable del polizonte.

Ayer se hablaba de derechos, reformas, grandezas, porvenir: hoy se habla de frailes, hambre y desmembración del territorio.

Ayer los hombres importantes peleaban en la prensa, en la tribuna, en todas partes por el triunfo de sus ideales respectivos: hoy permanecen mudos en el rincón de su hogar ó apartan la vista de los problemas pendientes.

Ayer una generación valiente y generosa se olvidaba de sí misma para acordarse de la patria; hoy otra generación avara y egoísta sacrifica la patria á su provecho.

Ayer las naciones nos contemplaban entre envidiosas y atónitas: hoy nos miran desdeñosamente cuando no nos humillan ó despojan.

Ayer la fiebre de la actividad abría á cada paso veneros de riqueza: hoy la desconfianza mata todas las iniciativas.

Ayer cada cual se esforzaba por llevar una piedra al edificio de nuestra regeneración política: hoy muchos se retraen de la vida activa.

Ayer se quitaban las trabas que se oponían al desarrollo de la vida económica: hoy se procura vejar con gravámenes terribles cuanto puede contribuir á la prosperidad nacional.

Ayer se suprimía la contribución de consumos que mataba millares de españoles: hoy se duplican las tarifas para que se tripliquen las muertes.

Ayer venían de diversos países las gentes para desarrollar provechosas industrias á la sombra de la libertad: hoy ejércitos de españoles abandonan su patria en busca de alimento.

Ayer la inmoralidad hula avergonzada: hoy se ostenta impúdica.

Ayer, en fin, España era una nación: hoy es un pueblo degradado.

¿Y habremos de continuar así mucho tiempo? ¿No se alzar pronto una voz que acalle de una vez y para siempre los silbidos de los reptiles que pululan en este lodazal llamado restauración? ¿Ha de permanecer deshonrándose el pueblo que tiene un pasado tan glorioso, sin borrar con un arranque enérgico sus cobardías y sus vergüenzas presentes?

Si, lo hará; tiene fatalmente que hacerlo, porque en ello le va la vida; más aún: la honra. Y como esta palabra es la que España invoca, lo mismo cuando ataca torres blindadas con barcos de madera, que cuando derriba dinastías incompatibles con el sentimiento nacional, confiamos en que no tardará en repetir aquel grito de ¡viva España con honra!, que á través de las capas de cieno que han caído sobre el suelo de la patria de entonces acá, resuena vibrante en el pecho de todos los españoles.

Y ¡ay de España sino resonase pronto!

1885

La Mano negra

¿Se compone de bandidos esa Asociación, dado que realmente exista? Caiga sobre ella el rigor de la ley. ¿Ha cometido crímenes? Castiguense, y con dureza. Mas no vayamos á secundar los planes de los conservadores clericales, exagerando su importancia.

Bien mirado, ni la cosa es nueva ni debiera asustar á nadie en este país donde el bandolerismo es y ha sido fruta de todos los tiempos; esto dando de barato, repito, que sea de bandoleros esa Asociación.

Aquí hay un mal grande, antiguo, que se manifiesta de vez en cuando con caracteres de violencia; mal que todos ven, pero del que nadie se cuida, y es la miseria.

Durante siete ú ocho meses ha estado la prensa hablando de grupos de jornaleros que recorrían las calles de las poblaciones andaluzas cruzados de brazos, en ayunas, silenciosos, amenazadores; de mujeres que cogían raíces para comer; de niños que se morían de hambre; y esto diariamente, sin que una voz autorizada se alzase en demanda de medidas enérgicas que aminorasen el mal, ya que no lo extirparan.

Por no perjudicar á los acaparadores de grano no se ha facilitado la introducción de trigos extranjeros que hubiera remediado en parte la carestía, contribuyendo con esto á que en el pecho de tantos infelices entrara la desesperación.

Y en tal estado de abandono, ¿cómo extrañar que hombres mal aconsejados presten oídos á sugestiones de gentes equivocadas, pérfidas ó que creen posible realizar cambios favorables al trabajador por el camino del crimen?

No; quien lo extrañe es un imbécil cuya opinión no debe tomarse en cuenta, ó un malvado que juzga egoístamente que todo está bien si él se halla satisfecho.

Mas prescindiendo de las causas que puedan haber determinado la formación de esa Sociedad, y pasando por alto las trasgresiones de ley que haya cometido y de las cuales entienden los tribunales de justicia, urge evitar que la opinión pública se extravíe y el Gobierno tome pretexto de lo ocurrido para adoptar medidas de represión que faciliten la vuelta de los conservadores.

Esa vuelta y en estos momentos sería el predominio completo del clero, la persecución de la prensa, el desconocimiento de todos los derechos, lo cual sumergiría á este país en un mar de desdichas.

Así, pues, creo que ningún partidario de la libertad, en más ó menos grado, debe contribuir á mantener la alarma que los clericales han extendido hábilmente por el país dando á los sucesos de Andalucía proporciones aterradoras que nada justifican, pues hasta los mismos hechos punibles realizados, sobre ser cortos en número, no revisten la gravedad que se les atribuye, y aún cuando la revisieran, debería buscarse el remedio y

el castigo dentro de la ley y solamente dentro de la ley.

Calma y prudencia. *La Mano Negra*, si era una asociación de bandidos, murió en el instante que los tribunales intervinieron en sus actos; si es una reunión de hombres obcecados que tratan de buscar por mal camino la justicia que se les debe, trabajemos por apartarlos de él, dando satisfacción á sus exigencias en lo que tengan de racionales; y si fuese, como sospecho, de desaventurados cuya hambre se explota para fines políticos, unámonos todos para impedir que logren sus propósitos los que nunca repararon en medios para conseguir sus fines, reservándose después el papel de salvadores de la sociedad, cuando realmente los verdaderos perturbadores, los demagogos y los anarquistas han sido, son y serán ellos.

1883

La demagogía del orden

Habládme de Alcoy, Montilla, Cartagena y de los tiempos en que había un motín diariamente.

Habládme de aquellos hombres que engañados en sus esperanzas se sublevaron los unos contra la República, y ensangrentaron los otros sus manos en el delirio de la pasión política.

O de aquellos otros obcecados, impacientes, pero enérgicos y viriles, que contribuyeron á perder la República, para que me olvide de estos débiles y cobardes que deshonran hoy hasta los crímenes que cometen.

O de aquellos sin posición los unos, con hambre los otros, que no se mancharon las manos con el contacto de una moneda ajena, para que aparte mi vista de estos bajo cuyo mando se cubren con nombres púdicos los robos, las estafas y las falsificaciones.

De los que exponían su existencia por defender lo que creían justo, para que no piense en estos que se ocultan medrosamente tras el sable de un polizone.

De los que sabían, al ponerse frente á la ley, que les aguardaba el cadalso, la prisión ó el destierro, y no me habléis de estos que cuentan con la fuerza para salvarse hoy, con la cobardía para huir mañana y con el oro para vivir siempre.

Sí, habládme de todo aquello, para que mi pecho respire auras consoladoras en estos infames tiempos de cacerías de niños por las calles y las universidades.

Pero, no; no me habléis de Alcoy, Montilla, Cartagena, ni de aquellos tiempos en que había un motín diario; pudiera creerse que trataba yo de establecer comparaciones, cuando no me atrevería á comparar con los conservadores, no ya á aquellos hombres que se movían á impulsos de la pasión política, ni á los presidiarios más abyectos.

1884

Duro y á la cabeza

La inmoralidad va en aumento. Se la aspira y se la respira en todas partes. No

es ya epidémica, es endémica. Si pudiera reunirse cuanto los restauradores han robado, habría casi para extinguir, la Deuda española. Desde que subieron no han hecho otra cosa que saquear á la nación; así está ella.

No se alza un papel en una oficina sin que se tropiece con una inmoralidad; no se echa la mirada sobre un expediente sin que se vea un chanchullo.

Así anda por ahí tanto pillete en coche, vive tanta prostituta en hotel, y se ve á tanto estafador en la altura.

Ocurriósele el otro día á un diputado republicano hacer lo que todos debían haber hecho siempre, tirar un poco de la manta, y no fueron chanchullos los que descubrió.

El expediente relativo al servicio de correos de Filipinas lleno de irregularidades; reales órdenes duplicadas y contradictorias; una de ellas había desaparecido...

Los solares del cuartel de San Mateo, comprados por un caballero á nueve pesetas el pie, pagados á los dos meses por el ayuntamiento á veinte pesetas.

Los cupos de quintos en la provincia de León escandalosamente superiores en número á los de Asturias, teniendo ésta un 65 por 100 más de habitantes que aquella.

Un interdicto de recobrar la posesión de una finca que valdrá 200 pesetas, ocasionando en la provincia de Granada 8.000 duros de costas.

Y otra porción de hechos parecidos.

Animado por el ejemplo de ese diputado, otro ministerial afirmó, entre otras muchas cosas, que en las obras de ensanche que realiza el Ayuntamiento de Madrid, hay 41 personas con sus correspondientes sueldos para vigilar los trabajos de un solo peón, y que se gastan 2.074 pesetas para esponjas con destino á lavar las pizarras de las escuelas.

Si todos los diputados obraran como esos dos, é hicieran público lo que saben, sería cosa de coger un fusil y salir por esas calles á cazar alimañas restauradoras.

¡Qué manera de robar! Así se comprende que en los quince años que llevamos de restauración se les hayan sacado á los contribuyentes once mil millones y pico de pesetas, y que, á pesar de esto, no cobren los licenciados de Cuba, ni los maestros, ni se emprendan obras de verdadera utilidad.

¿Y eran éstos los que iban á regenerar el país, y hablaban pestes de los republicanos, que sólo cometieron un delito, el de respetar lo que debieron destruir?

Mentira parece que el pueblo español, que siempre tuvo fama de digno y altivo, no se una para barrer pronto tanta basura; no ya por cuestión política; por no morir de vergüenza y de asco.

1889

**LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.**

CASTIGOS

por
ROBERTO ROBERT

les poco severa para su ardiente fe toda penitencia, empezaron la Cuaresma por la septuagésima, además de los días de abstinencia señalados por la Iglesia, se impusieron voluntariamente al ayuno el miércoles de cada semana; y al prójimo de quien averiguaban que en semejante día había comido carne, le arrancaban los dientes, para aplacar el enojo del Dios misericordioso.

No hay para qué hablar de los castigos impuestos a las muchedumbres de herejes: demasiado sabidos son de todo el mundo; pero ciertos casos especiales merecen especial mención, por ejemplo, el de los diez canónigos de Orleans, que no escarmentados con el suplicio del fuego con que á otros como ellos había castigado en 1030 el obispo de Milán, se dejaron seducir por las heréticas predicciones de una locuaz italiana y ardieron prácticamente en la tierra, de paso para las llamas del infierno.

Igual suerte corrieron muchos cómplices suyos de maniqueísmo en Gozlar, el año 1052.

En aquel siglo, luchaba Federico Barbaroja con las ciudades lombardas. Los italianos, piadosos y ortodoxos, solían perdonar la vida, que ya era bastante, á los prisioneros alemanes; pero á los de su propia patria, por regla común, los mutilaban por medio de ingeniosos tormentos.

¡Pues y en Normandía!

La crónica de Normandía dice:

«Mandaban las ordenanzas que todo hombre vencido se presentase descalzo, en camisa y ensillado ante su vencedor, para que éste pudiese cabalgar sobre él, si tal era su gusto.»

Este castigo ya sé yo que no procedía de un principio tan profundo y trascendental como el de la mutilación; pero voy al decir que en aquella época se hallaban hermanados el candor, la ingenuidad y la gracia, con los más severos pensamientos y las más graves, varoniles y cristianas acciones.

La mutilación había llegado á ejercerse con una equidad, cuyo origen sólo puede hallarse en los piadosos sentimientos de la época.

La carta de Laon de 1128 decía: «El que resultare culpable de haber cortado á otro la cabeza ó algún miembro, pague cabeza por cabeza ó miembro por miembro; ó bien pague por la cabeza ó por el miembro, según sea la importancia de éste, una cantidad proporcionada, á juicio de los jurados y el alcalde.»

De la práctica de estas leyes no podía menos de resultar la gran ventaja de que cada cual por cálculo aproximado podía saber el valor de todos y cada uno de los miembros de sus vecinos.

Así, cuando en Salamanca se pagaba un maravedí por haber dado muerte á un moro, en las escuelas podía ponerse á los niños el siguiente problema: Si un moro entero cuesta un maravedí, ¿cuánto costarán dos orejas, una nariz, un brazo y una pierna de moro?

Problema curioso y atractivo para que la niñez se aficionara á la mutilación, la ley de Dios y la aritmética.

El Fuero Juzgo, en su lib. III, tit. V y VI establece ya el género de mutilación más directa y local que los siglos pudieran idear contra ciertos yacientes.

Considérese qué sucedería después con el verdadero progreso que se fué realizando, y si no, véase á Galvan. ¿Pudo ser Galvan más ingenioso al discurrir el castigo que había de dar al niño Gayferos que se había propuesto matar?

¿Qué órdenes da á los ejecutores del castigo?

«Córtenle el pie del estribo, la mano del gavilane, sáqueme ambos ojos por más seguro andare, y el dedo y el corazón traédme por señale.»

Supongamos que no le hubiese mandado quitar la vida y hubiera querido ceñirse á la esfera de lo mutilable: ¿habría algún moderno capaz de ordenar cosa más atinada y pintoresca?

No, por cierto.

Y véase cómo se armonizan las cosas: tanto ingenio se nota en el autor del suceso, como llaneza en el autor del romance en que, como dice muy bien el Señor Duran, «con lisura y sencillez se retratan las costumbres feudales»; y en la lectura de esos romances que tan lisa y sencillamente tratan de esas mutilaciones, se solazaba la sociedad española cuando los sentimientos cristianos la regían.

¡La mutilación!

La mutilación, que á tantas y tan varias combinaciones se presta, no podía menos de seducir con sus encantos y excitar agradablemente la imaginación de nuestros antepasados.

Y en ciertos momentos, es indudable que los religiosos españoles de chapa habrían pagado algo por tener quien les mutilase.

Cuando sale el caballero

«á cazar como solía»

y por pedir consejo á su madre sobre si se casará ó no con la infantina, pierde el tiempo y se encuentra á su vuelta con que la real chica se le ha escapado, exclama conforme con los justos sentimientos de su época:

«Yo mismo seré el alcalde, yo me seré la justicia; que me corten pies y manos y me arrastren por la villa.»

La mutilación tuvo sus apasionados. Raimundo VII de Tolosa no cultivaba con preferencia ninguna especialidad en ese ramo, pero fué admirable por su constancia en mutilar á todos sus prisioneros.

Y no olvidemos que el imperio de la ley era tan poderoso entonces, que la mutilación impuesta por los códigos de tal manera penetró en las apacibles y santas costumbres de nuestros mayores, que llegó á ser voluntaria.

Si en el romance que hemos citado el caballero moroso y amoroso pide que le corten pies y manos, en un auto sacramental de los que se representaban en los siglos XIII y XIV, se trata «de cómo la hija del rey de Hungría se cortó la mano, porque su padre quería casarla, y aquella mano la conservó un esturión siete años entre los dientes.»

Cosa tan común era entonces el mutilar, el mutilarse y el ser mutilado, que, estoy seguro de ello, aquellos hombres piadosos, cuando incurían en alguna grave falta, debían de exclamar:

«¡Dios mío, de buena gana me cortaría algo!»

Entre los castigos que se impusieron á los judíos en nombre del amor á Dios y al prójimo, nos hay tan curiosos como el de Enrique III de Inglaterra, que les hacía arrancar los dientes. Eduardo I en un día solo hizo ahorcar á ochenta de ellos entre dos perros.

Era tan poderosa la eficacia de los castigos de entonces, que no sólo estaban autorizados por todos los códigos; no solamente los aplicaban los bondadosos pontífices, los buenos reyes ungidos con el óleo santo y los grandes señores que brillan como estrellas fijas en el cielo de nuestras antiguas glorias, sino que hasta los perversos hacían uso de ellos, rindiendo forzoso tributo á la excelencia de las leyes y las costumbres establecidas por los vicarios de Dios en la tierra, y aun hombres muy malvados no se contentaban en ciertas ocasiones con aplicar un solo castigo, sino que escogían los mejores que estaban en uso, y aplicándolos á sus adversarios, les hacían participar de todos.

Así Ezelino, en 1257 cogió á 11.000 paduanos que tenía en su ejército, les condujo á Verona, les desarmó, les encarceló, les hizo padecer frío, hambre y sed, y por fin, viendo que algunos aún resistían, les hizo acuchillar.

(Continuad)

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID